

## Avatares de la prensa chiapaneca en el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX

*En 1955 fui invitado a dar una conferencia en  
Tuxtla Gutiérrez, capital del estado de Chiapas.  
"Mieja aquí -dijo- que en parte alguna de México,  
está bien celebrar los 350 años de la primera parte  
de El Quijote. Miguel de Cervantes, en 1590, so-  
licitó del Rey la «gobernación de la provincia del  
Socorro». Otra cosa dispusieron los mercales y la  
burocracia, que suelen conllevarse bien, pero sin  
duda, El Quijote pudo ser chiapaneco y tal vez  
debía serlo porque fue para la novela su Nuevo  
Mundo"*

MAX AUB

Para hacer un trazo rápido de la historia de la prensa en Chiapas es conveniente enmarcarla en seis etapas por las que ha atravesado la actividad periodística.

No son, desde luego, cortes verticales, sino irregulares, que arrastran elementos de la etapa anterior; pero que presentan características de una nueva forma de hacer periodismo.

A veces esos cortes toman como referencia momentos políticos o sociales por su capacidad de transformar la actividad informativa, y en otras ocasiones se enmarcan en hechos meramente relacionados con la prensa. Desde luego es difícil separarlos o encontrar un solo elemento, ya que casi siempre se registra una imbricación y combinación de varios factores en cada etapa.

No está por demás afirmar que la bibliografía sobre la prensa chiapaneca está en construcción, con apenas tres trabajos publicados: *La imprenta y el periodismo en Chiapas*, de Fernando Castañón Gamboa; *La prensa maniatada, el periodismo en Chiapas de 1827 a 1958*, e *Índice hemerográfico de Chiapas 1827-1946*, ambos de mi autoría.

•Aub, en Molina, *La tierra bien distante*, 1993.

La perspectiva metodológica — desde la que elaboré los dos trabajos anteriores y éste—, se fundamenta en el análisis de la prensa chiapaneca a través de los elementos que conforman la empresa informativa, pues parto la premisa de que el periódico, como producto, requiere de una organización empresarial y de un público comprador (lectores, anunciantes o sufragantes).

Así, no es posible estudiar a la prensa aislada de su estructura. El periódico invoca en sí mismo una organización, así sea muy pequeña y elemental, pero que refleja una complejidad social.

Por la brevedad de este trabajo, se desdibujan estos elementos de análisis, pero valga la aclaración para una mejor comprensión del ensayo.

Con esta advertencia, podemos hablar de las siguientes fases históricas de la prensa chiapaneca, las cuales desarrollaremos a lo largo de este trabajo:

1. La prensa doctrinaria (1827-1854).
2. La prensa oficiosa (1855-1876).
3. La prensa en el porfiriato (1877-1910).
4. La prensa durante la Revolución mexicana (1911-1920).
5. La prensa en el periodo postrevolucionario (1921-1946).
6. La prensa maniatada (1947-1958).

### Primera etapa: la prensa doctrinaria (1827-1854)

*La ilustración es el objeto de los periódicos. Las ventajas que ellos proporcionan son inculcables, cuando apartados de todo espíritu de partido, se dedican únicamente a buscar el bien de todos.*  
*La Campana Chiapaneca, 1827.*

Al iniciarse la lucha independentista de México en 1810, Chiapas permaneció al margen de los acontecimientos y siguió fiel a la Corona española durante 10 años más, hasta que el dominico Fray Matías de Córdova y Ordóñez proclamó la independencia del estado en 1821.

Posteriormente, mediante un plebiscito, realizado el 14 de septiembre de 1824, Chiapas se incorporó a la República de México.<sup>1</sup> Esta decisión fue tomada principalmente porque los políticos locales esperaban mayor autonomía con México que con Guatemala, que la te-

<sup>1</sup>De acuerdo con el Consejo Provincial Chiapaneco, 96,829 personas se pronunciaron a favor de que Chiapas se uniera a México y 60,400 de que fuera con Guatemala. 15,221 se mostraron neutrales, de un total de 172,954 personas.

man al lado. Dieron argumentos diversos para este dictamen, como que el país centroamericano no había proporcionado nunca a la provincia "ni ciencias, ni industrias, ni ninguna otra utilidad". México, en tanto, era muy favorecido en los juicios chiapanecos: "las provincias de ese Imperio -decían- son las que enriquecen ésta por la articulación del comercio que hay entre unas y otras".<sup>2</sup>

La decisión de anexarse a México no fue aceptada de manera unánime por todos los pueblos. Ixtlla protestó el 16 de septiembre; tres días después lo hizo Chiapa, al señalar que el plebiscito había sido fraudulento. De hecho, los historiadores coinciden en que el veredicto ya estaba tomado para que el estado se anexara a México, y que el plebiscito no fue sino una táctica para darle cierta legalidad al proceso de anexión. El Soconusco, que había manifestado su voluntad de unirse a México, se desdijo poco después, y no fue sino hasta 1842 cuando Antonio López de Santa Anna lo incorporó a México.<sup>3</sup>

Guatemala interpretó la anexión como una verdadera traición, porque señalaba que Chiapas era suyo por derecho y por historia. Pero vale la pena aclarar que al momento en que Chiapas se anexó a México, no se separó de Guatemala, sino de la República de Centro América, a la que pertenecían también las provincias de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica.

Al paso del tiempo, los chiapanecos habían de asumir plenamente su nueva nacionalidad. Para los indios, sin embargo, la anexión pasó prácticamente inadvertida y continuaron siendo objeto de explotación de las clases en el poder. Para ellos significaba lo mismo pertenecer a la Corona española, a la República de Centro América, a Guatemala o a México. Hubo otros grupos que sí se beneficiaron de la nueva nacionalidad: la clase dirigente, que manejó a su antojo los destinos de Chiapas ante un gobierno mexicano distante y poco interesado en lo que pasaba en la entidad más austral de su territorio.

En 1825, libres ya de la presión guatemalteca, y habiendo aceptado los pueblos inconformes la anexión a México, se nombró a José de Rojas primer gobernador del estado de Chiapas, quien reunió a los diputados para formular la primera Constitución chiapaneca, sancionada en noviembre de 1825, y publicada y jurada en febrero de 1826.

También en febrero de 1826 se inauguró la Universidad Nacional de las Chiapas, que enfocaba sus estudios a cuestiones eclesiásticas más

<sup>2</sup> Gutiérrez Cruz. *Tricrucigada a destino de la Provincia de las Chiapas*.

<sup>3</sup> *Ibidem*. y De Aze. *El sentimiento chiapaneco*.

que a las seculares al incluir materias como filosofía, teología, derecho canónico, y escasamente aspectos de jurisprudencia y medicina.

Estos hechos indican que había un deseo de superación y de encontrar caminos para la convivencia y el desarrollo de Chiapas. Esta efervescencia que se vivía en los terrenos políticos y educativos evidenciaba la falta de un vehículo de comunicación que llevara y esparciera ideas, recreara y fortaleciera el debate.

Por eso, de manera casi paralela, tanto el gobernador José de Rojas, como la Sociedad Económica de Amigos del País, la cual se había instalado en Chiapas en 1819, planearon adquirir una imprenta.

Finalmente, fue la Sociedad Económica la que trajo de Guatemala la primera imprenta el 14 de junio de 1826. El gobernador, pese a que había sido autorizado por el Congreso a que pidiera cooperación a los ayuntamientos y particulares, no logró reunir la cantidad necesaria, y, al ver que ya se contaba con una imprenta, regresó los apovos económicos.

Aunque San Cristóbal contó con la primera imprenta, no fue la primera en tener un periódico, sino la Villa de Tuxtla, hoy Tuxtla Gutiérrez, donde radicaba un pequeño grupo de ciudadanos con ideas liberales.

El líder de ese grupo, Joaquín Miguel Gutiérrez, entendió que una de las vías de consolidación de las tesis federalistas era mediante la publicación de un periódico. Para tal fin viajó a la ciudad de México donde adquirió una imprenta, que fue la segunda que existió en Chiapas.

Ahí empezó a editar, a partir del 3 de mayo de 1827, *La Campana Chiapaneca*, un periódico de tamaño media carta, de cuatro páginas y que escasamente tiraba 150 ejemplares.

Tres meses después, el 3 de octubre de ese mismo año, Fray Matías de Córdova y Orlóñez publicó *El Para-rayo de la Capital de Chiapa*, editado en San Cristóbal, que fue el segundo periódico que tuvo el recién incorporado estado chiapaneco.

¿Por qué surgieron estos periódicos en ese momento de la historia, es decir, cuando hacía seis años que Chiapas había alcanzado su independencia, y a tres de que se había anexado a México?

En primer lugar, se debe explicar por qué no surgieron antes los periódicos, y esto se debió a que la entidad era un lugar pobre, sin riquezas, sin minas, ni vías de comunicación adecuadas, donde el control absoluto lo ejercía el clero, que veía en la imprenta una amenaza para su hegemonía.

Las discusiones ideológicas que conllevó el proceso independentista en América Latina alentó la crítica en todas las regiones de habla hispana. Chiapas, pese a su aislamiento, conoció de las nuevas situaciones y se sumó al bando de naciones que declararon su autonomía respecto de España.

Sin los controles coloniales, los ciudadanos fueron capaces de criticar a sus antiguos gobernantes y de escoger un nuevo destino para su pueblo. Se sumergieron, entonces, en un rico debate de ideas para anexarse a México, un país no menos inestable que Guatemala.

Todas estas disquisiciones fueron preparando a los ciudadanos chiapanecos para hacer uso de un canal de comunicación más efectivo, que dejara constancia de la crítica y que, a su vez, la llevara a un auditorio más amplio.

Ya como entidad mexicana, Chiapas participó en la búsqueda de un modelo de país que se tradujo en enfrentamientos sangrientos y verbales. Para lo primero bastaba pertrecharse con armas, pero para lo segundo se tenía que hacer uso de la palabra hablada e impresa. Y en ese caso hacía falta una publicación periódica, que difundiera los ideales políticos y que sirviera como medio de cohesión para los simpatizantes de una causa.

En ese sentido, la creación de estos periódicos fue producto de las disputas ideológicas que se vivían en el estado desde inicios del siglo XIX, y estas publicaciones se constituyeron en guías, catalizadores y congregadores de esperanzas e inquietudes.

Otro hecho que no debe dejarse a un lado fue la fundación de la Universidad Nacional de las Chiapas, que empujó a la educación de un sector de la sociedad. De hecho, en sus prospectos, los periódicos se referían más a sus propósitos de ilustración que a sus afanes políticos, una constante que se repitió durante todo el siglo XIX.

*La Campana* y *El Para-rajo* se enmarcan en un periodo caracterizado por la inestabilidad política constante que se tradujo en una nómina de 22 gobernadores que dirigieron el estado en esos años.

Por el contrario, la lista de periódicos fue muy corta: 15, con una preponderancia de los que simpatizaban con las tesis federalistas, aunque la prensa fue conservadora o liberal, dependiendo de quién encabezara la gubernatura chiapaneca.

El reducido número de publicaciones, que se caracterizaron además por lo efímero, se debió a las dificultades de obtener papel, lectores e imprenta. Al respecto, Celia del Palacio ha demostrado que los

impresores de Guadalajara, Jalisco, padecían problemas parecidos al de los chiapanecos para conseguir papel.<sup>2</sup>

No puede hablarse, por tal razón, de una prensa que tuviera como fin el negocio, sino el adoctrinamiento. La prensa fue arma de combate y vehículo de convencimiento en un momento histórico en el que se enfrentaban y se superponían dos modelos de nación. Y tanto federalistas como centralistas dejaban, a su salida, un estado en bancarrota, sin dinero en las arcas públicas y sin posibilidad de emprender obras materiales que permitieran una mejor vida para los chiapanecos.

Los pocos suscriptores se ubicaban en dos diferentes niveles:

1. Suscriptores cautivos. Eran aquellos que por su encargo público, tenían que suscribirse a publicaciones oficiales y semioficiales. A principios de los cincuenta, por ejemplo, el gobernador ordenó a los prefectos y comisarios municipales que se suscribieran a *El Universal*, el órgano de gobierno santannista, y a *Los Anales*.<sup>3</sup>
2. Suscriptores voluntarios. La Sociedad Económica Amigos del País y la Universidad Nacional de las Chiapas se constituyeron en dos centros de promoción de la lectura. Los lectores -estudiantes, profesionistas, políticos y miembros del clero, principalmente- eran escasos. Al respecto, Joaquín Fernández de Lizardi comentaba en esa época que los lectores pertenecían a una minoría privilegiada, pues los pobres eran de "cuarenta a uno", los cuales no estaban en condiciones de leer "papelitos brillantes".<sup>4</sup> Las publicaciones de esta etapa contaron con un máximo de 150 suscriptores, como fue el caso de *El Paia rayo*, ya que *Avisos al Pueblo* registró dos, y *El Iris de Chiapas*, 80.<sup>5</sup>
3. Suscriptores honoríficos. La distribución gratuita fue una vía común de circulación de las publicaciones, por lo que los gastos de los periódicos fueron adosados, desde un principio, a la lista de egresos de las administraciones locales.

La pobreza extrema de la entidad y el bajo nivel de alfabetizados dificultaba la consecución de lectores.

En 1855, al tomar protesta como gobernador, Mariano Montes de Oca retrató la situación del estado:

<sup>2</sup>Del Palacio, *La disputa por las conciencias*, p. 22.

<sup>3</sup>Trenz, *Historia de Chiapas*, t. II, pp. 464-465.

<sup>4</sup>Lizardi, en Monsiváis, *A ustedes les consta*, p. 29.

Notorio es a todo el estado la crítica posición en que me encontré cuando en los primeros días de febrero me encargué de este delicado puesto: sin cuerpo legislativo que dictase medidas análogas a las circunstancias; sin junta de gobierno a quien consultar mis determinaciones; sin tribunales de justicia que atendiesen a los clamores de los pueblos, en ocasión que la exaltación de las pasiones tocaba a su colmo; sin haciendas para ocurrir a las graves urgencias que me rodeaban; sin archivos a qué apelar para el giro de los negocios; *sin el auxilio de la prensa para instruir y desengañar a los revolucionarios*; y por último, envuelto en una guerra desastrosa que la ciudad de Tuxtla declaró a los que respetando el veto general de la nación se habían adherido al nuevo orden de cosas. Todo, todo presentaba la imagen acabada del espanto y desolación.<sup>34</sup>

Chiapas tenía un comercio prácticamente inexistente, una industria que fabricaba aguardiente, petates, medias, calcetas de algodón y colchas, con bajas ventas en el exterior y una agricultura que, pese a producir gran cantidad de productos, sólo comercializaba el añil de Tonala y el tabaco de Simojovel, y la ganadería era de consumo local, porque era demasiado oneroso enviar artículos al exterior.

Un alemán que visitó Chiapas por esos años describió las condiciones como desesperantes:

El erario del Estado deja mucho que desear. Los ingresos consisten principalmente de ingresos directos (capitación); de derechos de consumo (alcabalas) por valor de 3 por ciento; de derechos de timbre, depositos, multas y pequeños impuestos. En los últimos años, a pesar de que también comprendieron el importe de la venta de terrenos del Estado, no han cubierto los gastos públicos (...). Los blancos y los mestizos viven en la indigencia, y los indios sólo trabajan cuando se ven obligados a procurarse lo muy poco que requieren para sus necesidades domésticas. En reemplazo de la antigua mita, los propietarios rurales han sabido establecer el trabajo por obligación judicial, dando a crédito a los indios bebidas alcohólicas y toda clase de objetos inútiles; y como los indios no tienen otro medio de pagarlos, desquitan su precio con trabajo.

<sup>34</sup> *Informe de la Justicia*, 2<sup>a</sup> de junio de 1855.  
Tiers, op. cit., pp. 566-567.

En los años treinta del siglo XIX, de acuerdo con el censo de 1838, Chiapas contaba con 160,083 habitantes, de los cuales 27,898 eran "ladinos"; 132,185, indígenas, "reducidos en lo general a una miseria que mueve a compasión del que lo observa; es decir, que una sexta parte de la población y 1,218 más es propietaria; y las cinco restantes de proletarios miserables", señalaba un político de la época.<sup>9</sup>

Ese cuadro de miseria que presentaba la entidad no alentaba la actividad informativa por el alto costo de los ejemplares, que en promedio se vendían a un real la suscripción trimestral. No obstante, hay que considerar que entre los años veinte y los cincuenta, el fin primordial de las publicaciones no era comercializar sus ejemplares sino difundir sus ideas, por lo que se distribuían gratuitamente entre la clase ilustrada, que eran los principales consumidores.

### Segunda etapa: la prensa oficiosa (1855-1876)

*Difundir las ideas, observar una política independiente, inclinándonos de parte del que tenga la justicia.<sup>10</sup> ... Decir siempre la verdad y la justicia sin adulación, servilismo ni alabanza, será nuestro norte*

Prospecto de *La Bandera* (1879)

El segundo momento histórico de esta primera etapa arranca en 1855, cuando los federalistas se apropiaron del poder. La situación de la Hacienda pública seguía siendo desastrosa, sin dinero para pagar salarios o comprar lo indispensable para el funcionamiento de la administración estatal.

Por tal razón, el gobierno federalista empezó a organizar la hacienda pública y alentó a los ciudadanos para contribuir en la construcción de obras sociales. El 15 de febrero de 1857, además, proclamó la Constitución Política del Estado Libre y Soberano de Chiapas, que estableció un sistema de República federal, con libertades individuales de conciencia, de expresión, imprenta, asociación y trabajo.

El gobierno, iniciado por Ángel Albino Corzo el 20 de octubre de 1855, concluyó el 17 de junio de 1861. Su administración estuvo caracterizada por la publicación constante de decretos para la organización de la Hacienda pública y por su enfrentamiento con el clero, al decomisar a la Iglesia bienes inmuebles.

<sup>9</sup>Pineda, *Sublevaciones indígenas en Chiapas*, p. 78.



Durante la intervención francesa, Juan Ortega logró establecer en San Cristóbal un gobierno de corte conservador. Ante tal suceso, Gabriel Esquinca, gobernador de extracción federalista, trasladó los poderes a Tuxtla, lo que originó una guerra civil entre las fuerzas de Tuxtla y San Cristóbal, en la cual los primeros fueron apoyados por los liberales de Oaxaca, y los segundos, por los conservadores de Tabasco.

En 1864, José Pantaleón Domínguez asumió el cargo de gobernador y comandante militar de Chiapas. El nuevo mandatario, nombrado por el general Porfirio Díaz, había de gobernar hasta 1875, cuando fue derrocado por la rebelión de Tuxtepec.

En estos años, de 1855 a 1876, circularon en Chiapas 32 periódicos, con un predominio de los oficiales. De hecho, la publicación oficial más emblemática, *El Espíritu del Siglo*, apareció durante 16 años, logró sobrevivir a cuatro gobernadores y tuvo 14 directores. Tal duración, en aquellos años de inestabilidad, permite deducir la aceptación que tuvo este semanario, pese a ser oficial, puesto que no sólo publicó decretos, sino que abrió espacios a la poesía chiapaneca y al análisis.

Sus redactores señalaban que no por trabajar en un medio oficial, su deber era defender al gobierno, pues no "habían hecho cesión de pensamiento ni de libertad al poder público, ni voto de despreciar su conciencia".<sup>14</sup>

A la par de *El Espíritu* aparecieron otras publicaciones, casi siempre fugaces, que intentaron congrega a simpatizantes de una causa o de un candidato a puesto de elección popular. La excepción fue *La Brújula*, un periódico independiente que reunió a excelentes colaboradores y ofreció, por vez primera, una novela por entregas.

Los artículos de *La Brújula*, casi siempre críticos, causaron molestias entre los funcionarios públicos y los políticos, pero éstos, en lugar de utilizar la represión, crearon periódicos oficiosos encargados de su defensa.

Detrás de estos debates estaban dos grupos políticos deseosos de obtener beneficios: uno, afincado en San Cristóbal, y el otro, establecido en Chiapa de Corzo y Tuxtla.

Como era de esperarse, los periódicos en estos años desaparecían en poco tiempo, pues al ser creados para defender una causa, lanzar una candidatura o al no obtener los suscriptores requeridos, dejaban

<sup>14</sup>*El Espíritu del Siglo*, 15 de mayo de 1872.

de publicarse, hasta que otro motivo empujaba a los redactores a crear un nuevo foro.

En cuanto al respeto a la libertad de expresión, los gobernadores no reprimieron en forma excesiva a los periodistas. Y es que después de haber vivido una etapa represiva con los conservadores, la parte ilustrada de la sociedad empezó a exigir mayor libertad y participación en la vida pública. En 1856 se fundó en Tuxtla el Club Progreso, dirigido por Manuel Castellanos, José Velasco, Francisco Vila y Fernando Castañón, personas reconocidas por sus alanes progresistas, quienes se concienzaron de la importancia que tenía la libre circulación de ideas al abogar por la libertad de prensa y de la enseñanza pública.

*La Brújula* y *El Mosquito*, periódicos opuestos al gobierno de José Pantaleón Domínguez, son muestra de publicaciones que hicieron uso de su derecho de criticar, aunque haya sido para defender sus propios intereses políticos y los del clero sancristobalense. Le correspondió a *El Espíritu del Siglo*, desde su posición oficial, responder a los ataques: "La oposición que se hacen al gobierno general es muy valiente; empero al pueblo no la sostiene y esa oposición es desgraciada, porque es injusta, sistemática, revolucionaria y deshonrosa a la nación".<sup>17</sup>

Una vez desaparecidos los periódicos anteriores, el ataque fue para *El Centinela de la Frontera*, que dejó de publicarse ante las presiones oficiales recibidas, "que aun cuando no condujo a la cárcel a los redactores, sí propiciaron un enfrentamiento entre sus socios." Este hecho llevó a *El Siglo XIX*, el periódico más importante en ese momento en México, a afirmar que en Chiapas no había "libertad de hablar ni de escribir",<sup>18</sup> y citaba, como caso de censura, el cierre del periódico comiteco.<sup>19</sup>

<sup>17</sup>*El Espíritu del Siglo*, 12 de junio de 1869.

<sup>18</sup>*El Espíritu del Siglo* publicó el 3 de abril de 1873: "Existió en Chiapas una publicación destinada exclusivamente a hacer la oposición al Gobierno y que tomó el asunto de la muerte de Aurelio Pinto como arma del partido, para inculpar a la administración actual, cuyo periódico que se llamó *El Centinela de la Frontera*, recibió del primer jefe del estado cuantas garantías necesitaba para su existencia, y ya se verá que él, que pudiendo sin mayor escándalo ahogar en su cuna ese foco de punible maledicencia, lo toleró, no había de tomar parte en supercherías de mala ley que tanto repugna a su conocido y caballeroso proceder."

<sup>19</sup>*El Correlón Fronterizo*, núm. 5, de 1873.

<sup>20</sup>*El Siglo XIX*, 12 de mayo de 1873.

Obviamente *El Espíritu del Siglo*, del 10, de julio de 1873, contestó que la desaparición de *El Centinela* fue por su propio desprestigio, "por la falta de recursos para sostenerla, y porque algunas personas que le prestaban su ayuda, se separaron espontáneamente de la empresa, una vez que se persuadieron de la ninguna utilidad de ella, y de los graves perjuicios que causaba a la tranquilidad pública (...). A pesar de lo desamorado, de lo virueto y de lo subversivo de *El Centinela*, jamás fue denunciado ninguno de sus

En 1874, al circular hojas sueltas que criticaban al gobierno de José Rantaleón Domínguez, *El Espíritu del Siglo* se concretó a recordar las disposiciones legales que regían en ese momento: "Han circulado en esta ciudad, del mes anterior al presente, algunas hojas sueltas impresas sin la indicación del establecimiento tipográfico en que han sido trabajadas, infringiéndose así la disposición que contiene el artículo 42 de la Ley de Imprenta, de 31 de enero de 1868".<sup>7</sup>

En sus últimas ediciones, *El Espíritu* siguió defendiendo la existencia de la libertad de imprenta, pero condenando el abuso de este derecho: "La oposición es más sistemática y caprichosa que racional y patriótica, y los periodistas que se ponen a su servicio no siempre cumplen con la misión del escritor".<sup>8</sup>

Esta etapa, como señalé en un principio, no está marcada por un martirologio de la prensa, una situación muy parecida a lo que se vivió en el nivel nacional, al haberse permitido la publicación de *El Siglo XIX* y *El Monitor Republicano*. Los propios historiadores que se han encargado de estudiar estos años coinciden en afirmar que los periódicos capitalinos "disfrutaron de las garantías dentro de la ley".<sup>9</sup>

La desaparición de *El Espíritu del Siglo*, a finales de 1876, no sólo cerró la etapa de consolidación de los federalistas en el poder, sino que también dio por concluidos los años de oro de las publicaciones oficiales al ser relegadas, posteriormente, a la impresión exclusiva de leyes y reglamentos oficiales.

Los elementos distintivos de esta etapa son, entre otros:

*La aparición del folletín*, que tuvo como exponente a Flavio A. Paniagua, con su novela *Una rosa y dos espinas*, siguiendo el modelo de *Los misterios de París*. Las acciones, en lugar de acontecer en las calles parisinas, registraron como escenario las baldosas de San Cristóbal.

*Un mayor número de suscriptores*, que alcanzó la cifra de 200, provocado, en parte, por las presiones del gobierno para que los funcionarios adquirieran suscripciones de periódicos oficiales y semioficiales.

---

números jamás hubo procedimiento de la autoridad para que se suspendiera. Tuvo libertad, y se tomó aun la licencia de estampar cuantas barbaridades, groserías y mentiras pudiesen caber en una cabeza".

<sup>7</sup> La ley en cuestión a que hacía referencia *El Espíritu del Siglo*, en su edición del 14 de noviembre de 1874, asentaba en su artículo 42: "En todo impreso debe constar el año de la impresión, la oficina tipográfica en que se publique, y el nombre de su propietario. La contravención a este requisito, o al artículo 34, se castigará gubernativamente con la pena de prisión, de 15 días a un año, o multa de 10 a 500 pesos."

<sup>8</sup> *El Espíritu del Siglo*, 12 de febrero de 1876.

<sup>9</sup> Miguel Velasco Valdés, *Historia del periodismo mexicano*, p. 90.

*Hubo una circulación más amplia de los periódicos, los cuales establecieron agentes foráneos en diferentes puntos geográficos de Chiapas, que iban desde Pichucalco, pasando por San Cristóbal, Chiapa, Tuxtla, Ocozocoautla, Tonala, hasta llegar a Tapachula. A diferencia de la etapa precedente, en que sólo Tuxtla y San Cristóbal registraron actividad periodística, en esta etapa nuevas poblaciones contaron con un medio de difusión, como lo fueron Chiapa de Corzo, Comitán, Tonala y Tapachula.*

*El empleo, por vez primera en Chiapas, de la caricatura, la cual había de desarrollarse plenamente en la segunda mitad del siglo xx.*

*La publicidad hizo también su aparición mediante anuncios de libros, medicamentos y servicios de particulares, pero fue de importancia incipiente en el sostenimiento de los periódicos.*

*Pese a la ampliación de la circulación y de los suscriptores, el problema fundamental para los periódicos fue contar con lectores, lo cual se debía al bajo nivel educativo de los chiapanecos, que reducía el número de lectores potenciales, y a la situación de pobreza y marginación de los habitantes de la entidad. Un periodista de la época se lamentaba de que en Chiapas nadie leyera periódicos: "es una avilantez, una degradación tener un periódico en las manos: es un despilfarro suscribirse a un periódico: no tiene que hacer o malgasta su tiempo".<sup>10</sup> Esta situación contrastó con Zacatecas, donde de acuerdo con Marco Antonio Flores Zavala, una de las vías importantes de financiamiento de los periódicos de ese estado fue la de los suscriptores.<sup>11</sup>*

*Los redactores, que en la primera etapa escribían voluntariamente, comenzaron a percibir un salario, que si bien no era alto, sí les permitía vivir con decoro. En 1855, por ejemplo, el sueldo anual del redactor del periódico oficial fue de 540 pesos, muy por encima de lo que ganaba un portero (72 pesos), pero por debajo de un prefecto (600 pesos).*

*Finalmente, el artículo continuó siendo el principal género periodístico, pero la parte oficial (los reglamentos y disposiciones legales) que en la etapa anterior ocupaba un lugar fijo, incluso en los periódicos independientes, fue relegada a la segunda página, mientras que la tercera y cuarta plana fueron dedicadas a remitidos, gacetillas y avisos.*

<sup>10</sup> *El Espíritu del Siglo*, 17 de abril de 1871.

<sup>11</sup> Flores Zavala, trabajo publicado en el presente volumen.

### Tercera etapa: la prensa durante el porfiriato (1877-1910)

*El Chiquitín verá la luz pública cada vez  
que quiera y pueda.  
Nació cuando quiso y morirá en un momento  
dado, sin palaeos ni agonía. Su muerte no la sentí  
ni nadie así como su aparición ninguna la celebra.  
El Chiquitín, 26 de junio de 1904.*

La dictadura porfirista tuvo dos periodos diferenciados en Chiapas: Primero, la pugna por el liderazgo y el control político del estado, que inició en 1877 y que concluyó hacia 1900 y, segundo, la del caciquismo ilustrado de Emilio Rabasa, que abarcó los últimos 20 años de la dictadura.

En el primer periodo se vivió una lucha constante por la gubernatura, que se tradujo en gobiernos inestables y fugaces, en el que figuraron nueve mandatarios. Es decir, un promedio de año y medio para cada administración.

Las principales publicaciones en estos años fueron las editadas por el Estado y las que emergieron en años electorales. Estas últimas, por su característica de órganos de campañas políticas, tuvieron libertades casi ilimitadas para criticar a los actores políticos locales, mas no a los nacionales, representados en la cúspide por Porfirio Díaz.

El segundo periodo fue de control absoluto de Emilio Rabasa, quien, primero como mandatario y después como senador, manejó los hilos de la política estatal, impuso gobernadores y eliminó a políticos incómodos.

Los chiapanecos bautizaron a este periodo, de 23 años, como de "caciquismo ilustrado", por la trayectoria intelectual de Rabasa, autor de cuatro novelas de éxito y jurista prestigiado.

Antes de él, Chiapas vivió aislado y fue, con su nombramiento en 1891, cuando la entidad se abrió al exterior. Durante su mandato, trasladó los poderes a Tuxtla, rompiendo con este hecho fuertes lazos de poder con la Iglesia y con los finqueros de los Altos; impulsó la creación de caminos, amplió las redes de telégrafos y de teléfonos, y construyó escuelas y hospitales. También modernizó la estructura de gobierno para que respondiera con eficiencia a las necesidades de la población.

En su libro *El camino a Levatán*, Thomas Louis Benjamín considera que fue en 1890 cuando el Estado mexicano consolidó su poder en Chiapas, y la élite local, que había controlado el estado desde 1820, empezó a ceder espacios y a tolerar al Estado mexicano.

Aunque Rabasa fue incluido dentro del grupo llamado "científico", una camarilla de intelectuales orgánicos de Porfirio Díaz, el chiapaneco se mantuvo alejado de ellos mediante críticas veladas, a veces certeras, pero no siempre radicales.

Lo único que ofreció Chiapas al mundo durante el porfiriato fueron sus tierras, sobre todo para el cultivo de café en el Soconusco y la región Sierra, a donde llegaron franceses, alemanes, españoles y estadounidenses. Esta demanda propició que el precio de las tierras se disparara de manera notable al pasar de un peso por hectárea en 1880, a 500 pesos en 1910. En el mercado internacional el café duplicó su precio y, en algunos momentos, incluso se triplicó.<sup>71</sup>

Familias enteras de extranjeros<sup>72</sup> llegaron a esos lugares calurosos, para hacerse ricos con el apoyo que el gobierno de Porfirio Díaz brindó a los inmigrantes al expedir, en 1885, la ley de colonización. El problema fue que esta colonización tuvo una visión discriminadora del indígena, por considerarlo un obstáculo para el progreso nacional. Fue así como los indios se convirtieron en obreros y mano de obra barata de los nuevos pobladores.

Entre 1875 y 1908, afirma García de León, el 27 por ciento de la superficie de Chiapas fue denunciada por compañías particulares: "Más de un millón de hectáreas de tierras supuestamente baldías (1'813,000) fueron cedidas a compañías madereras, petroleras, cau-cheras y cafetaleras".<sup>73</sup>

Si bien el Soconusco vio el surgimiento de emporios cafeteros —la mayoría de extranjeros—, las otras zonas económicas de Chiapas siguieron sumergidas en la pobreza y la incomunicación.

Las transformaciones que impulsó Emilio Rabasa en el sector social y agrario, se vieron registradas también en la relaciones establecidas entre la prensa y el estado, que se reflejó con el sometimiento de los periódicos al mandatario local y la aparición de la subvención como principal elemento de control de la prensa chiapaneca.

El nuevo gobernante, forjado en las camarillas políticas de la ciudad de México, conocía de los apoyos mensuales que otorgaba el gobierno de Porfirio Díaz a la prensa mexicana, así como la extendida

<sup>71</sup>García de León, *Resistencia y utopía*, t. II, p. 161.

<sup>72</sup>Hay varios relatos de cómo familias completas llegaron a este lugar. Existe un delicioso libro de la época que narra la llegada de la familia americana Scargeant y su establecimiento en este lugar, y que ha sido publicado con el título de *San Antonio Nevapa* de la autora Helen H. Scargeant. Fonapas, Chiapas, 1980.

<sup>73</sup>García de León, *op. cit.*, t. I, p. 175.

práctica de contratar a periodistas e intelectuales como funcionarios o redactores de periódicos oficiales.<sup>21</sup>

En su novela *El cuarto poder*, Rabasa mismo diseccionó el quehacer periodístico, sus chantajes, truculencias y su escandalosa relación con el gobierno:

Se tiraban siempre cuatrocientos ejemplares del diario: cien para repartirlos en la capital a los empleados de más categoría, y los trescientos para remitirlos a los gobernadores de los Estados, entre los cuales había quien pagara cincuenta suscripciones; todo, por supuesto, a cambio de elogios, o tal vez a cambio sólo de silencio. No había suscriptores fuera de allí. Con tales productos apenas se pagaban los gastos, no obstante que el periódico era carito, y quedaba como utilidad al propietario la *ayuda de gastos* que Albar recibía del Ministerio.<sup>22</sup>

Los practicantes del oficio fueron personajes respetados en su comunidad (abogados, médicos y sacerdotes, principalmente), quienes en sus ratos libres se dedicaban a esta actividad, lo que hacía del periodismo de provincia "una actividad de diletantes".<sup>23</sup>

Esta característica, conjuntada con los apoyos oficiales y eclesiales para silenciar a la prensa, imposibilitó el surgimiento de periodistas críticos e independientes. Todos se vincularon a grupos políticos y religiosos de Chiapas. Por ejemplo, en San Cristóbal de las Casas, los periodistas acudían al obispo para pedir consejo sobre el tratamiento de temas diversos, y en Tuxtla los redactores recibían órdenes de los funcionarios estatales para confeccionar las publicaciones políticas.

Ante la ausencia de críticas periodísticas, no fue necesario que el estado implementara castigos a los diletantes de la información. Pero a finales del porfiriato —que paradójicamente marcó el inicio de la confrontación entre Estado e Iglesia, representado geográficamente por Tuxtla y San Cristóbal— Juan Félix Zepeda (fundador de *Más Allá*, una publicación ligada a los intereses eclesiales) fue arrestado y su periódico clausurado por haber criticado al gobernador en turno, pero sobre todo por hacer campaña para que los poderes políticos regresaran a San Cristóbal.

<sup>21</sup> Señala Jorge Briones Franco en su ensayo publicado en este mismo libro que este mismo fenómeno se registró en Sinaloa.

<sup>22</sup> Rabasa, *Cuarto poder*, p. 67.

<sup>23</sup> Pineda Soto, *Registro de la prensa...*, 2005, p. 188.

A excepción de este hecho aislado, no se registraron represiones a la prensa. La relación periodistas-gobernantes fue cordial, pero aderezada siempre de subvenciones, compra de suscripciones, empleos y otorgamiento de prebendas diversas. Algo totalmente acorde con lo que sucedía en la ciudad de México, donde se había conformado una burocracia cultural: "Hacia 1900 los escritores mexicanos eran la envidia de sus colegas hispanoparlantes. No había gobierno más generoso con los escritores que le eran adictos como el mexicano. Como cuenta Enrique González Martínez, un buen día se amanecía diputado por un distrito que no se había pisado nunca."<sup>23</sup>

En el padrón de periodistas destacan algunos por su constancia en el oficio o por su particular forma de acercarse a la actividad. El más popular fue Enrique Barroso, quien dirigió los periódicos *El Heraldo de Chiapas* y *El Eco*, y a inicios de la Revolución fundó el primer diario que existió en la entidad *El Diario de Chiapas*.

Barroso tuvo una visión empresarial inigualable en aquella época de principios de siglo, al transformar el diseño y el contenido periodístico y al dar mayor preponderancia a la información sobre la opinión. Puso en marcha novedosas formas para atraer anuncios y lectores mediante la realización de concursos de belleza y composiciones literarias.

Jesús María Figueroa y Fernando Soria fueron también dos notables periodistas que impulsaron publicaciones literarias, de agradable contenido, en el lugar más culto de la época: Comitán.

Ángel Bola Moreno, Querido Mohenó, Belisario Domínguez y José Antonio Rivera, por su parte, merecen mención especial porque se desempeñaron como periodistas en la ciudad de México, principalmente, y no en Chiapas, su entidad natal. Ángel Bola es reconocido como el pionero del reporterismo, introductor de la entrevista, la crónica, la noticia y el reportaje. En *El Noticioso*, diario sensacionalista que él mismo fundó en plena dictadura, explotó la nota roja, alcanzando tirajes masivos que sobrepasaron los 30,000 ejemplares.

El periódico -hecho en los tiempos marginales de otras actividades, que resultaban las principales para la supervivencia de sus autores- era visto como un agente educativo y lúdico para la sociedad chiapaneca: era portador de los avances de la sociedad porfirista, de inventos del mundo occidental, de curiosidades y de recreación lite-

<sup>23</sup> Domínguez Michael, *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX*, t. I, p. 23.



rana. Los conflictos y desavenencias de la dictadura no entraban en la agenda, tampoco la explotación que sufrían los acasillados en las haciendas chiapanecas. El periódico era portador de buenas nuevas, de progreso y en él no cabía la pobreza de los campesinos ni la miseria de los indígenas, quienes, obviamente, no contaban con recursos para adquirir una publicación. De hecho, los bajos salarios fueron el punto de atracción para los inversionistas extranjeros, principalmente en el Soconusco, donde los salarios permanecieron por 30 años al nivel de subsistencia de 57 centavos al día y en algunos lugares, como Mezcalapa y Pichucalco, disminuyeron, aun cuando se consideraba que el jornalero debía ganar un peso diario para cubrir las necesidades más elementales. Muchos más, una cifra que oscilaba entre 75,000 y 150,000, vivían en condiciones de esclavitud (mozos endeudados) en las fincas agrícolas.<sup>11</sup> El precio de un periódico, de cinco centavos en promedio, representó una tercera parte del salario de un trabajador, lo que imposibilitó que los obreros o campesinos tuvieran acceso a las publicaciones.

Otra dificultad para encontrar lectores fue el bajo índice de analfabetizados (aproximadamente 20,000), en un universo de 300,000 habitantes durante esta etapa. En 1891 sólo existía una escuela oficial, a partir de la llegada de Rabasa se incrementó a 100 primarias, dos preparatorias y la Escuela Industrial Militar. Aún así, a finales del porfiriato, solo el 30 por ciento de la población mexicana mayor de 10 años sabía leer.<sup>12</sup>

La circulación de las publicaciones era reducida, con tirajes que no sobrepasaban los 500 ejemplares, concentrándose en las cabeceras municipales de San Cristóbal de las Casas, Tuxtla Gutiérrez, Comitán, Pichucalco, Tapachula, Chiapa de Corzo y Tonala.

Los bajos ingresos por suscripción y venta de ejemplares motivó a los dueños de periódicos a encontrar otras vías de financiación, como la búsqueda de anunciantes, que hicieron su aparición a finales del siglo XIX.

La lista de anunciantes suministra información del perfil del lector de la época, que como hemos visto era bastante marginal. Ciro Farrera, por ejemplo, fue un comerciante que continuamente utilizó la publicidad impresa para promover la Casa Farrera, un establecimiento fundado en San Cristóbal en 1839 por su padre, Vicente Farrera, y que para mediados de la dictadura contaba con sucursales en Tuxtla, Tona-

<sup>11</sup> Benjamín, *Chiapas: tierra rica, pueblo pobre*, p. 115.

<sup>12</sup> Bohman, *Medios de comunicación y sistemas informativos en México*, p. 68.

la y la ciudad de México. Otros anunciantes regulares fueron el Hotel Central Marroquín, Hotel La Serpentina, Hotel Mexico, Banco de Chiapas, los fonógrafos y fonogramas Edison, la relojería de Antonio Puig y Pascual, Cueto y Compañía, Fábrica de Hilados La Providencia y Chiapaneca de Transportes.

Los artículos publicitados permiten vislumbrar a un adquiriente con posibilidades económicas superiores a la generalidad de los chiapanecos, donde podrían ubicarse funcionarios, comerciantes, terratenientes, abogados y miembros del clero.

Los directivos buscaron mecanismos para ampliar el número de sus lectores; *El Eco* organizó concursos de belleza, de composiciones poéticas y musicales. Obviamente los cupones para participar y votar a los ganadores se obtenían únicamente en los ejemplares. Los resultados fueron casi siempre estériles, por eso Jesús María Figueroa, un excelente periodista de la época e impulsor de la prensa literaria, se lamentaba de la falta de lectores en Chiapas:

¡Qué desconsuelo se apodera de mí cuando observo que todavía no se tiene el menor gusto por la lectura! ¡Cuánto me extraña el notar que el periódico no es buscado con alán, con interés, no hay anhelo de saber qué es lo que sucede en el mundo, no hay ningún aliciente por desentrañar los mil episodios y misterios que encierran la vida de los pueblos.<sup>10</sup>

Los deseos por obtener mayor número de anunciantes y suscriptores obligó a los dueños de periódicos a alejarse de las publicaciones partidarias, que habían abundado en Chiapas, para introducir a sus lectores al mundo de la información, con cables procedentes de lugares tan remotos como Paquistán, India y Rusia, suministrados por la agencia Regagnon. Atrás había quedado el canje de periódicos, que fue una práctica normal en los siglos XVIII y XIX, para adoptar la fórmula de adquirir noticias telegráficas.

Con estos ingredientes, puede verse el surgimiento de una prensa, a inicios del siglo XX, con un perfil más empresarial, que estuvo en consonancia con una década caracterizada por el espíritu capitalista, cuyos signos fundamentales fueron la inversión extranjera y la incursión de las fuerzas del mercado. En 1902, por ejemplo, se fundó el

<sup>10</sup> *El Esfuerzo*, 6 de noviembre de 1892.

Banco de Chiapas, con un capital inicial de 500,000 pesos; se expandió el comercio exterior del café y el caucho, con la participación de la German-American Coffee Company y de la Zacualpa Plantation Company; se multiplicaron las empresas comerciales, se ampliaron las vías de comunicación y el Ferrocarril Panamericano extendió más de 400 kilómetros sus rieles en Chiapas.<sup>17</sup>

Durante el porfirismo se publicaron 90 periódicos en Chiapas, 67 de los cuales fueron políticos; 11, especializados; 5, órganos de agrupaciones gremiales; 4 estudiantiles, y 4, religiosos. De los 67 políticos, al menos 20 fueron creados para apoyar candidaturas a puestos de elección popular y organizar a los simpatizantes. No es raro, por esta circunstancia, observar que la etapa de mayor surgimiento de periódicos fuera en los años de actividad electoral, y que disminuyera después de haber pasado la efervescencia política. El clero sancristobalense, como grupo de presión política, utilizó los periódicos no sólo para evangelizar e informar a sus fieles, sino también para criticar a los gobernantes, en especial en la parte postrera del porfirismo; fue así como promovió y financió la creación de las publicaciones *La Idea Católica*, *El Día*, *¡Adelante!* y *Más Allá*. Una ausencia notable fueron las publicaciones dirigidas al público infantil o femenino, al contrario de lo que ocurrió en la ciudad de México, donde tuvieron buena aceptación los periódicos con este perfil.<sup>18</sup>

Los principales centros de actividad periodística fueron San Cristóbal de las Casas, donde aparecieron 40 publicaciones, seguida por Tuxtla con 15; Comitán, 14; Tapachula, 4; Pichucalco, 4; Chiapa de Corzo, 3, y Tonala, 1.

La imbricación de intereses entre periodistas y políticos fue la constante en estos años de dictadura porfirista, con matices de un sector que buscó en los anuncios y en los lectores otra vía de ingresos, aunque las subvenciones se constituyeron en la fuente principal de sustento de las publicaciones.

Pobreza, analfabetismo y falta de hábito de lectura se conjugaron de manera dramática para el reinado de una prensa de pocos lectores y mantada por el aparato porfirista, que había de dejar sus secuelas en el periodismo del siglo xx.

<sup>17</sup> Benjamin, *op. cit.*, p. 99.

<sup>18</sup> Al respecto consultese la obra de Florence Toussaint, *Escenario de la prensa en el porfirismo*, editada por la Fundación Manuel Buendía.

## Cuarta etapa: la prensa durante la Revolución mexicana (1911-1920)

*Comerciante que no se anuncia no vende. El anuncio es vendedor ambulante, pues el lector las más de las veces no necesita ir a la tienda sino que hace sus pedidos porque por medio del anuncio sabe quien y en qué casa encuentran lo que le falta.*

*Diario de Chiapas, 10 de agosto de 1912*

Chiapas vivió apartado de la Revolución mexicana, y sólo escuchó los ecos distantes de un movimiento armado ajeno, porque aquí no pasó nada:

los grandes combates, los precursores, los jinetes y centauros, los héroes y los villanos estuvieron en otra parte: en el Norte y en Centro-Sur de México. Entre las regiones del Sureste —y si nos atenemos a lo que comúnmente se sabe—, Chiapas fue una de las más aisladas y aparentemente pasivas; y ni siquiera tuvo como Yucatán las glorias de un socialismo a lo Carrillo Puerto.<sup>51</sup>

Es más, la Revolución permitió un relajamiento del control central sobre el estado, que posibilitó el surgimiento de pugnas internas: "los chiapanecos aprovecharon la falta de vigilancia para arreglar cuentas entre ellos, pleitos de origen antiguo que la dictadura de Díaz no les había permitido solucionar de manera violenta".<sup>52</sup>

Los enfrentamientos por una patria mejor no fueron escuchados en Chiapas, ni las proclamas en contra del cansado y caduco gobierno porfirista fueron alentadas por armas y manifestaciones. Todo siguió igual durante los convulsos días de lucha maderista, y no fue sino hasta que renunció Porfirio Díaz cuando también lo hizo el gobernador Ramón Rabasa, un hombre producto de la clase política del dictador.

Luis Espinosa, un combatiente revolucionario, escribió en 1912 sobre la lejanía de Chiapas en la lucha armada:

Sólo hasta después del derrumbamiento de la dictadura, fue cuando el oleaje revolucionario se extendió hasta el estado de Chiapas. Pasados tres o cuatro días de firmada la paz en Ciudad Juárez, el señor Lindoro

<sup>51</sup>García de León, *op. cit.*, t. I, p. 15.

<sup>52</sup>*Ibidem*, p. 16.

Castellanos en Ocosingo y el señor Nicolás Macías en Villaflores, se pronunciaron al grito de ¡Viva Madero! para hacer un burdo sainete de revolución. El señor Castellanos, que al pronunciarse se encontraba perseguido por la justicia, empuñó las armas con el pretexto del maderismo, pero en realidad con el deliberado propósito de apoderarse de un proceso que tenía pendiente en el Juzgado Penal de Ocosingo".<sup>6</sup>

Las dos pequeñas manifestaciones contra la caída de Díaz fueron más bien oportunistas y no tuvieron como finalidad el levantamiento en armas de los chiapanecos, porque el régimen porfirista estaba ya destrozado.

La Revolución mexicana, hay que recordarlo, más que una lucha que englobara a todo el país en torno a un solo objetivo, fue una serie de luchas regionales. "Cada una tuvo orígenes locales o regionales diferenciados que evolucionaron en el contexto más amplio de las luchas, alianzas y conflictos vecinos entre los grupos insurgentes y en el forcejeo por el control del gobierno nacional", señala Benjamin.<sup>7</sup>

Aunque Chiapas no participó en el derrocamiento de Porfirio Díaz con movimientos armados, sí registró en su seno un enfrentamiento entre grupos que se disputaban la permanencia de los poderes públicos en Tuxtla Gutiérrez.

Un grupo, apoyado por el obispo Francisco Orozco y Jiménez,<sup>8</sup> peleaba para que los poderes regresaran a San Cristóbal de Las Casas y de esa manera ostentara nuevamente el título de capital del estado de Chiapas.

Ante un país convulsionado, el clero y líderes de San Cristóbal vieron la oportunidad de regresar los poderes a ese lugar y recuperar así sus derechos y canonjías perdidas.

El mal, pues, está en Tuxtla, en el medio en que residen los poderes y es necesario sacarlos de Tuxtla para dar nueva orientación a la política, pasándolos a cualquiera otra parte, emancipándolos de la tutela tuxtleca; sólo así podrán los pueblos disfrutar de garantías y gozar de al-

<sup>6</sup> Espinoza, *Rastros de sangre*, p. 11.

<sup>7</sup> Benjamin, *op. cit.*, p. 119.

<sup>8</sup> Este controvertido obispo, de acuerdo con Celia del Palacio, en su trabajo incluido en este libro, se trasladó después a Guadalajara, donde excomulgó a dueños, editores, anunciantes y compradores de publicaciones que no simpatizaban con su causa.

guna libertad política; esta es la justa demanda, la legítima aspiración de todo Chiapas.

Consideraba un artículo del periódico *La Libertad del Sufragio*, órgano de los sancristobalenses en la lucha armada.

Más que enfrascarse en una lucha sangrienta, tanto tuxtlecos como sancristobalenses utilizaron la prensa para insultarse y criticarse. A inicios de 1911, el clero subsidió la publicación de *La Voz de Chiapas*, que sustituyó a *¡Adelante!* y *Más Allá* en su empeño por fustigar a la naciente clase política de Tuxtla y defender a las autoridades eclesiásticas, principalmente al obispo Francisco Orozco y Jiménez. A esta tarea se sumaron, poco después, *La Libertad del Sufragio*, *El Hijo del Pueblo* y *El Gavilán*.

El gobierno del estado, por su parte, subsidió la publicación de periódicos defensores de los tuxtlecos, como *El Herald de Chiapas*, *Pajarito*, 30-30 y *Francisco Cuscatle*.

Los periódicos de Tuxtla criticaban con furor a los sancristobalenses llamándoles "explotadores de indios, santurriones y marranos"; por su parte, los de San Cristóbal veían en los tuxtlecos a un comando "de engreídos, cobardes y merolicos". Todos, en ese ambiente, competían por el uso mayúsculo de la calumnia, la mentira y la sátira.

Al principio, el gobierno chiapaneco, asentado en Tuxtla, pudo incursionar en San Cristóbal para amonestar a la prensa, pero después fue imposible. En su época de dominio, el agente del Ministerio Público Jesús Ramírez Arbizu embargó la tipografía Juana de Arco, la cual fue liberada el 2 de febrero de 1911. Al día siguiente fue detenido Enrique M. Zepeda, administrador de *Más Allá*, en San Cristóbal, y trasladado a Tuxtla, donde a los pocos días le fue dictada sentencia absolutoria.

A medida que se radicalizaron las posturas de los sancristobalenses, el gobierno no pudo controlar las publicaciones de Los Altos, por lo que éstas gozaron de libertad absoluta para criticar a las autoridades locales. Timoteo Flores Ruiz, Juan Félix Zepeda y Manuel Pineda, miembros de la camarilla Mano Negra, hicieron uso absoluto de la libertad de prensa, y no tuvieron empacho en pedir la renuncia del gobernador Ramón Rabasa en abril de 1911.

Aparte de insultarse mutuamente a través de la prensa, ambos grupos empezaron a preparar el choque armado. Para emprender las acciones militares, los sancristobalenses se apoyaron en los indígenas de Los Altos, principalmente chamulas, que alcanzaron la suma de

8,000, los cuales fueron liderados por un viejo combatiente, *Pajarito*. Los tuxtlecos, aproximadamente 1,000, se organizaron en batallones bajo el nombre conjunto de los Voluntarios de Tuxtla.

A la postre, después de una lucha rápida y poco sangrienta, los tuxtlecos resultaron vencedores, con lo que se decidió que los poderes públicos permanecieran en el centro del estado y no en San Cristóbal.

La prensa sancristobalense no tuvo otra alternativa que aceptar los hechos: "Parece increíble, pero ante la evidencia es necesario rendirse", anotó *La Voz de Chiapas* en su edición del 15 de octubre de 1911, y resaltó la crueldad de los vencedores al haber mutilado las orejas de varios indios chamulas, con lo que se ganaron el título de salvajes ante los ojos de la República.<sup>7</sup> Los periodistas tuxtlecos engrandecieron la victoria e, incluso, convocaron a un concurso de odas para la glorificación de los voluntarios de los batallones Hijos de Tuxtla. *El Gavilán*, de San Cristóbal, envió su composición poética que en nada halagaba al ánimo vencedor de los tuxtlecos: "¡Bien haya la... dulce cuna/ que os meció cuando tiernitos!/ Vayan a la china hilaria/ atajo de ca. ballitos./ Vuestra madre agradecida/ os corona con laureles./ ¡Bendita la bien pintada/ que dio a luz a tantos... corceles!"

Al concluir el conflicto, el gobierno estatal se vio fortalecido para suprimir focos de insurrección y a redactores que incitaran a la revuelta. Neftalí R. Soto, director de *El Gavilán*, tuvo que trasladarse a la ciudad de México al ser perseguido por conspiración. Los redactores de *La Voz de Chiapas* pidieron, al amparo de una circular turnada por Francisco I. Madero, garantías para el ejercicio de la libertad de expresión y el cese a la persecución de la prensa independiente. *El Voluntario*, por su parte, después de criticar a funcionarios locales, se vio sometido a presiones oficiales, que lo llevó a retrasos y finalmente a su desaparición.

A falta de libertad absoluta de expresión fue normal que circularan pasquines que atacaban a las autoridades establecidas, a militares,

<sup>7</sup> Dice Luis Espinosa en *Rastros de sangre* (pp. 152-153) que "había en la cárcel 19 prisioneros de guerra: todos chamulas a excepción de uno que era el hijo del presidente municipal de Chiapilla. Los oficiales acordaron imponerles un enérgico castigo y después dejarlos en absoluta libertad. Se discutió acaloradamente la pena que debería imponérseles, aceptándose al fin que fueran desorejados. Esta idea tuvo su origen en las noticias publicadas en esos días por los periódicos de México, consistentes en que los italianos habían desorejado a muchos turcos prisioneros. El desorejamiento de los ocho chamulas es todavía objeto de muy variados comentarios, casi todos ellos desfavorables, pues muchas personas lo califican de bárbaro. También la mayor parte de los voluntarios que estaban en Chiapilla lo reprobaron antes y después de que se llevara a cabo".

religiosos, comerciantes o a los periodistas, que no daban cabida a aclaraciones de personas ofendidas. Por eso, los periódicos oficiales se encargaban de desacreditar las hojas anónimas que circulaban con frecuencia entre los habitantes chiapanecos.

Si bien es cierto que en la ciudad de México floreció la crítica —en especial para ridiculizar al presidente Francisco I. Madero, a su gabinete y familiares—, en provincia, controlada por cacicazgos, no existió una actitud similar de la prensa.

Después del triunfo armado de Tuxtla sobre San Cristóbal, se registró un hecho verdaderamente importante en el periodismo chiapaneco con la aparición, el 7 de mayo de 1912, del *Diario de Chiapas*. Su tamaño era de 12 por 20 centímetros, un formato muy similar a *La Campana Chiapaneca*, el primer periódico de la entidad, que también inició un 7 de mayo pero de 1827.

El *Diario de Chiapas* publicaba en su primera plana información nacional e internacional proporcionada por la agencia de noticias Regagnon y circulaba después de las nueve de la mañana, a un precio bastante atractivo: dos centavos, cuando los otros periódicos costaban cinco centavos.

El 2 de diciembre de 1912, después de ocho meses de haber aparecido el *Diario de Chiapas*, Arturo Santibáñez fundó *Verdad y Justicia*, que se convirtió en el segundo diario existente en la entidad.

El doctor Belisario Domínguez, quien durante el conflicto de Tuxtla-San Cristóbal se desempeñaba como presidente municipal de su pueblo, Comitán, y que se había opuesto a esta lucha, manifestando su apoyo a Tuxtla, fue electo senador en 1913. Ante el derrocamiento de Madero y la asunción de Victoriano Huerta como presidente del país, fue la única voz en el Senado de la República que lo criticó en su discurso del 25 de septiembre de 1913, el cual no pudo leer ante la Cámara de Senadores, pero lo distribuyó impreso. Después de ese discurso, la suerte de Belisario Domínguez, el senador de un estado casi desconocido en el contexto nacional, estaba echada, y no pasó mucho tiempo para que fuera sacrificado por las fuerzas militares.

La imagen de Belisario Domínguez es hoy utilizada, tanto por los periodistas como por políticos, quienes repiten la frase de este prócer chiapaneco: "¡Libres por la palabra libre!"

Chiapas, en realidad, se mantuvo al margen de la lucha revolucionaria, hasta que una brigada de carrancistas —el nuevo grupo triunfante en la escena nacional— hizo su arribo al estado para echar a andar



un proyecto de tintes socialistas, que habría de tener una rápida reacción de los finqueros chiapanecos.

El detonante para que se organizara la "familia chiapaneca" (finqueros, principalmente) fue la promulgación en Chiapas de la Ley de Obreros o Ley de Liberación de Mozos, la cual estableció la cancelación de deudas de los mozos, el pago de salarios en metálico a los obreros, la desaparición de tiendas de raya, el respeto de una jornada laboral máxima de 10 horas y la prohibición de cualquier tipo de servidumbre.

El promulgador de la ley fue el general Jesús Agustín Castro —de 26 años—, quien llegó a Chiapas en septiembre de 1914 al mando de la División Veintiuno del Ejército Constitucionalista, formada por un grupo de militares nortños.

La Ley de Obreros, que pretendía remediar esos males, fue interpretada por los dueños de las fincas como una agresión en su contra, y se organizaron para que no se aplicara ese reglamento. El 2 de diciembre de ese mismo año, finqueros del valle central se reunieron en la ribera Cangüí, municipio de Chiapa de Corzo, donde firmaron un acta en la que calificaban a los carrancistas de ejército de ocupación, y se manifestaban por la defensa de la soberanía del estado y de la "familia chiapaneca". Como líder reconocieron a Tiburcio Fernández Ruiz, un finquero de la zona de la frailesca. En realidad, los jefes *mapaches* (llamados así, porque se movían de noche y comían maíz crudo en las milpas) eran finqueros y rancheros, mientras que los soldados eran vaqueros, jornaleros y peones leales.

Estos enfrentamientos, entre *mapaches* y constitucionalistas, se reflejaron también en la prensa. La publicación más emblemática del primer bando fue *La Patria Chica*, defensora del antiguo régimen, y del segundo, *Chiapas Nuevo*, que difundió los ideales revolucionarios y que abogó por mejores salarios para los obreros y más tierras de cultivo para los campesinos.

El periodista del constitucionalismo se comprometió con los valores revolucionarios. Daniel Cueva, Luis Espinosa, Tomás Martínez, Tomás O. Mallofret y Marcos E. Becerra predicaban, desde la tribuna informativa, contra la ignorancia, la explotación y sentían que su tarea era concienciar a las clases oprimidas. Por el bando de los *mapaches*, el periodista Santiago Serrano creía firmemente en que unos bárbaros del norte habían invadido su estado y que su deber era defenderlo desde las páginas de *La Patria Chica*. En ninguno de ellos primó el interés económico, sino los deseos por tener un México mejor.

En 1919, cuando Álvaro Obregón encabezó la Revolución de Agua Prieta para derrocar a Venustiano Carranza, a los *mapaches* se les presentó una oportunidad inmejorable para fortalecerse mediante la alineación de sus tropas a la corriente obregonista.

Los enfrentamientos armados empezaron a menguar a partir de 1920 y, caso insólito, Tiburcio Fernández, quien había encabezado a terratenientes para defender sus propiedades, asumió la gubernatura estatal, lo que había de ser reprochado por sus críticos al señalar que en Chiapas no había triunfado la Revolución sino la contrarrevolución.

En estos años, que van de 1911 a 1920, se publicaron en Chiapas 90 periódicos. A diferencia de las etapas anteriores, Tuxtla fue la ciudad donde se registró el mayor número de publicaciones, sobrepasando a San Cristóbal de Las Casas, que tradicionalmente había ocupado el primer lugar. Tuxtla contó con 46 periódicos; San Cristóbal, 19; Comitán, 9; Chiapa de Corzo, 6; Tapachula, 5; Villaflores, 2; Najalón, 1, y Mapastepec, 1.

Un hecho destacable del periodo revolucionario fue la discusión por el sentido de la profesión periodística, la responsabilidad y los valores éticos que debían normar a esta actividad. Nunca antes se había analizado tan ampliamente el papel de la prensa en el desarrollo de la sociedad, y tampoco se volvería a explorar estos terrenos a lo largo del siglo XX.

La subvención, que fue una práctica común durante el porfiriismo, no desapareció del todo durante la Revolución mexicana, aunque Francisco I. Madero haya prohibido los apoyos económicos a la prensa.

En Chiapas, cuando el presupuesto se los permitió, los gobiernos financiaron publicaciones, algunas veces con el propósito claro de difundir los ideales del movimiento armado, y otras para promover a generales, políticos o a caciques locales.

Los ingresos, no obstante, no eran tan elevados que permitieran la creación de empresas informativas con capitales fuertes. Algunas de ellas, con el apoyo oficial, pudieron adquirir prensas, motores e implementos tipográficos en Estados Unidos. La mayoría, sin embargo, naufragó en un estado de penuria permanente.

Obtener suscriptores era una tarea que requería ingenio y paciencia. Se apelaba a diversos métodos, desde enviar los ejemplares a los posibles suscriptores, sin el consentimiento de éstos, hasta el cobro público de los periódicos distribuidos entre los lectores.

El *Diano de Chiapas*, que afirmaba tirar 1,500 ejemplares, recurrió a diversas estrategias para incrementar el número de sus suscriptores, muchas de las cuales ya los había puesto en práctica Enrique Barroso en *El Lao*, como los concursos de simpatía y de composiciones poéticas. Los cupones para votar aparecían, por supuesto, en las páginas del diano chiapaneco.

En lo que respecta al envío de ejemplares a otras ciudades de donde se editaba la publicación, era casi una tarea imposible, debido a la lentitud de los correos. En 1920, *El Ideal de Chiapas* se lamentaba de que la correspondencia entre Tuxtla Gutiérrez y Comitán tardara "quince y más días" para llegar a su destino. Lo normal era que los envíos fueran de una semana, un tiempo de todos modos considerable, para las publicaciones que tenían un periodo de vida tan breve.

El precio por ejemplar de los periódicos durante la Revolución fue de entre cinco y seis centavos, pero hubo de 25 centavos, como *Ariel*, que fue el más caro por presentar un formato tipo revista, y de dos centavos, como el *Diario de Chiapas* y *El Renacimiento*, que fue el más barato. El 50 por ciento de las publicaciones se vendió a cinco centavos; el 30 por ciento a seis; 15 por ciento a 10, y el 8 por ciento a tres centavos.

Los enfrentamientos armados dispararon los precios de los productos básicos, no así de los salarios. Los cinco litros de maíz, por ejemplo, aumentaron de ocho a 30 centavos, y en Tapachula pasaron de 12 a 20 centavos. El precio de los periódicos, por el contrario, no aumentó, y se mantuvo en promedio en cinco centavos, una cantidad de todos modos inaccesible para el grueso de la población chiapaneca.

En estos años funcionaron en el estado 15 imprentas. Tuxtla Gutiérrez, por ser la capital, concentró el mayor número y las más modernas que existieron en la entidad. La Tipografía del Estado, debido a los requerimientos de imprimir decretos, informes de gobierno y libros, contó con maquinaria moderna traída de Estados Unidos.

El *Diano de Chiapas* también poseyó equipo actualizado. Sin embargo, sus primeros números fueron editados en la conocida Tipografía Yáñez, ya que la prensa que sus socios habían pedido de Estados Unidos, a principios de 1912, una Babcock Printing Press Mfg., no había llegado para esas fechas.

A mediados de mayo arribó la prensa y comenzó su instalación, pero no fue sino hasta el 12 de junio de ese año cuando, en un acto público, que contó con la presencia del gobernador Flavio A. Guillén,

fue inaugurada la nueva maquinaria que permitía un tiro de 1,800 ejemplares por hora, muy por encima de las necesidades del *Diario*.

En un principio la prensa fue movida por fuerza humana, debido a que no contaba con motor eléctrico, tardándose el tiraje dos horas. En octubre de 1912, el *Diario* compró el motor, con lo que logró que su edición quedara impresa en menos de una hora. Esto permitió a sus redactores recibir noticias hasta hora y media antes de lanzarlo a la circulación.

Este equipo era una excepción, pues casi todos los periódicos contaban con imprentas del siglo XIX y carecían de implementos adecuados para una óptima impresión.

La publicidad, que a finales del porfiriato había empezado a tener mayor preponderancia en el contenido periodístico, siguió esa tendencia durante la Revolución. Los principales anunciantes fueron la Librería y Papelería El Progreso, El Salón de la Moda, Vicente Barrera Importador y Exportador, La Latinoamericana, Cervecería del Istmo, Las Píldoras del Doctor Ayer, Coches de Alquiler de Tuxtla, así como los tabacos de Pedro del Cueto, con sus marcas Marimberos y La Conquista.

Aun cuando los periódicos intentaron vivir de la publicidad, y se incrementó el espacio destinado a los anuncios, fue imposible que las publicaciones sobrevivieran con estos ingresos, que apenas significaron - en el mejor de los casos - el 50 por ciento de su financiamiento, el 20 correspondió a la venta de ejemplares, y el restante 50 por ciento provino de apoyos de políticos locales, finqueros o del presupuesto gubernamental.

La Revolución mexicana no representó un avance profesional para el periodista chiapaneco. Durante los años revolucionarios siguió dependiendo - como lo había estado en el porfiriato - de los grupos de poder político, económico y religioso. Los periódicos de Tuxtla estaban vinculados a los gobernantes, los de San Cristóbal al clero chiapaneco, y los de Tapachula a los empresarios europeos y estadounidenses del Soconusco. Al paso de los años había de quedar desplazado el poder económico y religioso, para dar paso al control exclusivo de los políticos.

Si bien la prensa descubrió una nueva periodicidad (el diario), empleó nuevos géneros de redacción (la noticia y la entrevista), utilizó maquinaria más moderna, reconoció la importancia de los anunciantes y lectores, no fue capaz de independizarse del gobierno. Mantuvo su fidelidad a los gobiernos chiapanecos, más por convicción que por

interés económico, recuérdese el caso de Luis Espinosa,<sup>10</sup> Marcos E. Becerra y Daniel Cueva, que fueron periodistas leales al constitucionalismo, o de Santiago Seriano, poeta y periodista que defendió con pasión a los *mapaches*, sin que recibiera, en estos años, ningún apoyo económico de Tiburcio Fernández.

El periodo revolucionario no fue de lucro económico para los informadores. Fue de compromiso, de lealtad, de convicciones, de lucha y de entrega a las causas políticas. Los periodistas no ocultaban su filiación partidista ni dependencia oficial porque creían en los ideales revolucionarios, encarnados a veces en Madero, otras en Huerta, en Carranza, incluso en Villa o en Zapata.

Pero al depender del gobierno, los periodistas no avanzaron hacia la independencia. Con matices, era el mismo periodismo practicado en el porfiriato.

Los periodistas al final de la Revolución estaban, pues, en espera de un líder que los guiara a la tierra prometida: la construcción de un mejor país, que permitiera la crítica y que brindara mayor número de lectores.

### Quinta etapa: la prensa en el periodo posrevolucionario (1921-1946)

*Y la gente se va. Y cuando se va escribe. Pero sus  
palabras nos llegan tantas semanas después que las  
recibimos machititas y sin olor como las flores vie-  
jas. Y ahora el cartero no nos trajo nada. Mi padre  
volverá a leer la prensa de la vez anterior... ¿  
¿Recibieron el periódico de hoy?  
No, esta vez también se extravió en algún acci-  
dente del camino*

ROSARIO CASTELLANOS, *Palma Canan*

Pasados los enfrentamientos armados, el nuevo gobierno estatal fue encabezado por el líder *mapache* Tiburcio Fernández Ruiz. El historiador Thomas Benjamin piensa que con este triunfo hubo una reconstrucción o restauración social porfirista en lo posible:

El régimen de Fernández Ruiz acabó con la efectividad de la Ley de Obreros de 1914, que había abolido la servidumbre por deuda, reti-

<sup>10</sup> Después de ejercer su oficio periodístico en Chiapas, Luis Espinosa dirigió en Oaxaca *El Kapanadon*, también publicación del constitucionalismo, como lo señalan Francisco José Ruiz y Carlos Sánchez en "Prensa, política y vida social en Oaxaca: siglos XIX-XX", contenido también en este libro.

rándole los fondos a su inspección y a los mecanismos para hacerla cumplir. Y volvieron a ser normales la servidumbre, la esclavitud en las monterías, el enganche y las tiendas de raya, abusos que no habían desaparecido por completo en el campo chiapaneco.<sup>1</sup>

Hay que reconocer, sin embargo, que Fernández Ruiz recibió un estado en ruínas, con una agricultura y una ganadería destruidas, y una Hacienda pública sin recursos. Las líneas telefónicas, telegráficas y los caminos estaban destruidos, y el ferrocarril, abandonado. El analfabetismo alcanzaba el 75 por ciento y la pobreza era generalizada. Por eso, la prioridad de su gobierno fue la construcción de vías de comunicación y de escuelas.

Esta situación tan desastrosa, imposibilitó a la administración posrevolucionaria de Tiburcio Fernández financiar publicaciones en su primer año de gobierno. Para 1922, al contar con un mejor presupuesto, apoyó económicamente a *Evolución*, un semanario dirigido por el incondicional periodista *mapache* Santiago Serrano.

En diversas ocasiones —expresaba Fernández Ruiz en el primer número de *Evolución*— algunos intelectuales del estado se han acercado al gobierno de mi cargo en solicitud del apoyo necesario para realizar una cruzada cultural pro Chiapas, en beneficio de este olvidado apéndice de la patria mexicana, por cuya evolución y prosperidad debemos luchar todos sus hijos. Pero es hasta hoy, en que las condiciones del erario son menos aflictivas, que se halla mi gobierno en posibilidad de dispensar esta ayuda que considero justa por la nobleza de la finalidad que se persigue.

A partir de ahí los gobiernos revolucionarios tuvieron como tarea reimplantar el modelo porfirista de subsidios, apoyos diversos y prebendas a los directores-redactores de los periódicos "independientes", así como la creación de publicaciones oficiales y semioficiales.

Después de cuatro años de gobierno *mapache* (1920-1924), el coronel Víctorico Grajales, presidente municipal de Chiapa de Corzo, instigó al levantamiento en contra de ese régimen, porque decía que Chiapas era uno de los estados, "quizá el único en toda la República", que estaba dominado "por un gobierno antirrevolucionario".

<sup>1</sup> Bertram, *op. cit.*, p. 127.

Pero Ibarrido Fernández no fue derrotado por las armas, sino por los votos, y su lugar fue ocupado por Carlos A. Vidal, un hombre de ideas socialistas.

Aun cuando en los años que le tocó gobernar (1925-1927), el país fue inundado por una ola anticristera, Vidal respetó la libertad de culto y no persiguió a practicantes de religión alguna.

En 1926, ya con el gobierno socialista de Vidal, cuatro de los cinco periódicos aparecidos ese año fueron obreros: *Adelante*, *La Gleba*, *Alba Roja* y *El Obrero del Soconusco*. Detrás de estas publicaciones estaba la mano de Ricardo Alfonso Paniagua, a la sazón director de la Comisión Agraria, presidente del Congreso del Estado y del Partido Socialista Chiapaneco.

En septiembre de 1927, simpatizante como era de la candidatura de Francisco Serrano, Carlos A. Vidal solicitó licencia al Congreso para dedicarse de tiempo completo a la campaña presidencial de su amigo y correligionario militar. Serrano, quien se había convertido en un peligro real para las aspiraciones políticas de Obregón y Calles, fue acuchillado el 3 de octubre en Huitzilac, Morelos, acusado de rebelión contra el gobierno constituido. Con él cayeron varios de sus seguidores, entre los que se contó a Carlos A. Vidal. En Chiapas, el director de *Alba Roja*, Ricardo Alfonso Paniagua, también fue considerado enemigo del gobierno y marcado con la sentencia de muerte, que ejecutaron las tropas de Manuel Álvarez.

A la caída de Vidal fue nombrado gobernador provisional Federico Martínez Rojas. El mandatario entrante tenía en su currículo, aparte de haber sido presidente municipal de San Cristóbal, el haber dirigido en 1911 *El Mensajero Chiapaneco*, un periódico editado en la ciudad de México.

A escasos cuatro meses de gobierno, el Senado sustituyó a Federico Martínez por Amador Coutiño. En sus ocho meses de administración, el nuevo mandatario fue intolerante con la crítica. Persiguió, por ejemplo, al periodista Ramiro J. Ramírez, quien tuvo que huir a la ciudad de México, donde editó *El Chiapaneco*. Después, el propio gobernador ordenó la detención del personal completo de *La Voz de Chiapas*, por presuntas críticas a su persona.

De 1928 a 1932, Chiapas fue gobernado por Raymundo E. Enriquez. En 1929, el nuevo gobernador financió *La Vanguardia*, una publicación que cambió el diseño de los periódicos que hasta entonces se editaban en Chiapas, al presentar atractivas páginas con fotografías, caricaturas, anuncios, avisos económicos y notas informativas.

La supremacía que entonces ejercía Tuxtla Gutiérrez en el número de publicaciones era notoria. San Cristóbal, luego de perder la sede de los poderes, quedó erosionada en su influencia política, económica y periodística, e incluso hubo años en que no editó ningún periódico político, como sucedió en 1930. Para entonces, Chiapas tenía 521,000 habitantes, 100,000 más que en 1921, y seguía siendo un estado pobre y olvidado.

El régimen de Victorico Grajales, que inició en 1932, fue el de un gobierno despótico en el que dos familias, los León y los Ruiz, controlaron todas las posiciones oficiales y entre ellas se repartieron las diputaciones, presidencias de distrito, juzgados y recaudaciones de Hacienda, señala García de León; además porque abrió un frente contra la Iglesia católica, que alcanzó una intensidad tal que su administración fue ampliamente conocida como el "tiempo de las iglesias cerradas" y de "la quema de santos": se expulsó a sacerdotes, se les obligó a que se casaran, se destruyeron los archivos parroquiales y se incendiaron imágenes religiosas.

Grajales fomentó la creación de periódicos leales a su gobierno, como fue el caso de *Renovación* y *La Vanguardia*. La prensa "independiente" tampoco se atrevía a realizar una labor crítica por temor a la censura o a perder a sus anunciantes particulares, que bien podían ser presionados por el gobierno para que dejaran de publicitarse. Por tal razón, el periodismo crítico "chiapaneco" solo floreció en la ciudad de México, donde políticos con intereses en Chiapas, pero enfrentados con el gobierno del estado, subsidiaban publicaciones que tenían como único propósito desprestigiar a los políticos locales. Desde el Distrito Federal, *El Orientador Chiapaneco* y *Adelante* acusaban al mandatario de reaccionario y de emplear la muerte y el robo "como escudos de poder".

A tono con el gobierno de Victorico Grajales, los periódicos chiapanecos alentaron la causa socialista y la quema de imágenes religiosas. En sus páginas aparecieron corridos desfanatizadores, artículos sobre educación socialista y sobre cooperativismo.

Aun cuando Grajales predicara el socialismo, su gobierno fue uno de los que más benefició a los terratenientes (redujo los impuestos por propiedades agropecuarias y suspendió, durante 10 años, los gravámenes a actividades industriales), pero perjudicó a los obreros y campesinos al aceptar la creación de sindicatos oficiales integrados por presidentes municipales y funcionarios de gobierno, y propiciar



la formación de *guardias blancas* para la represión de indígenas y obreros agrícolas.

Enterado de estos acontecimientos, el presidente Lázaro Cárdenas decidió retirar de la gubernatura a Víctorico Grajales. El lugar vacante fue ocupado por Amador Coutiño, quien gobernó escasos dos meses, y dio posesión a Ufrain A. Gutiérrez el 10. de diciembre de 1936.

Al nuevo gobernador le tocó organizar a obreros, campesinos, comerciantes, ganaderos y terratenientes en uniones útiles al poderoso partido de Estado, PRM. En 1937, Gutiérrez impulsó la creación de la Confederación Obrera y Campesina del estado, que reunió durante su gobierno a 271 sindicatos y a más de 33,000 agremiados. Al año siguiente, la CTA alilió a los peones acasillados; los hombres de negocios, por su parte, ingresaron a la Cámara Nacional de Industria y Comercio. Para apoyar estas tareas creó el semioficial *Chiapas Nuevo*, un periódico que había de sobrevivir durante los años cuarenta.

En 1940 entró a escena como gobernador de Chiapas el médico Rafael Pascacio Gamboa, a quien le tocó una época tranquila, de expansión ganadera y agrícola. A la larga, el crecimiento económico sería más benéfico para los ganaderos y terratenientes que para los ejidatarios, situación que haría crisis en los setenta, por la falta de tierras para el cultivo, oportunidades de empleo y enfrentamientos entre guardias blancas y campesinos.

La costumbre de financiar periódicos locales fue continuada por este gobierno. Julio Farias, jefe del Departamento de Prensa de Chiapas en 1941, señalaba que las publicaciones subsistían merced al apoyo que les prestaba el régimen, de lo contrario desaparecían, a no ser que fueran "de alguna institución privada".<sup>12</sup>

En 1944, Juan M. Esponda fue electo gobernador, pero renunció a principios de 1948, debido a los disturbios generados en Tapachula a raíz de la imposición de Luis Guízar Ocegüera, como presidente municipal. Estos hechos culminaron con la muerte de varias personas y a la postre con el mandato de Esponda.

Esta etapa, que va de 1921 a 1946, representa un avance constante del control y consolidación del Estado mexicano. Para tal tarea requirió de la participación de todos los ciudadanos. El emergente sistema político convirtió a los periodistas en comparsas del poder y los obligó a ejercer el oficio de amanuenses oficiales y peones del ajedrez

<sup>12</sup> *Adelante*, 10. de mayo de 1942.

político estatal a cambio de aportaciones económicas, empleos oficiales, créditos y seguridad.

El apoyo oficial a la prensa provocó, en poco tiempo, la aparición de numerosos periodistas, la mayoría de los cuales carecía de una adecuada preparación profesional, pero mostraba deseos de superación económica y ambiciones de poder.

Así, desde los veinte, el periodista sufrió un proceso de desacreditación. Se vio al periodismo como reducto para los fracasados de otras profesiones: para estudiantes que no habían alcanzado el grado de licenciado o aspirantes a escritores y poetas, que encontraban "en el periodismo un campo abierto a las piraterías y a los abusos".

Aunque la prensa estuvo sometida, en lo general, al poder político y económico del estado, esporádicamente criticó a hombres comparsa, aquellos que ocupaban un segundo plano en la toma de decisiones. Sin embargo, una mejor vía para sobrevivir y fortalecerse en el Chiapas posrevolucionario fue la autocensura y la complacencia hacia los funcionarios de todos los niveles. Sólo cuando un periódico era apartado del presupuesto, no dudaba entonces de disenter de la administración, como una medida de presión para ser incorporado nuevamente en el erario estatal.

En esta etapa se editaron 226 publicaciones, un promedio de 8.7 por año. Un sector muy favorecido fueron las electorales, que aparecían fugazmente en el terreno periodístico con el propósito de alentar candidaturas, pero sobre todo para obtener favores políticos y económicos de las personas elegidas como diputados, senadores o gobernadores.

A partir de los veinte, la diferencia, en cuanto al espacio destinado a la publicidad comercial entre los periódicos de Tapachula y de otras ciudades del estado, fue del doble. La causa, aparte del auge económico del Soconusco, fue la formación cosmopolita de la ciudad fronteriza, integrada por alemanes, españoles, franceses, estadounidenses, chinos y japoneses.

Era difícil, en estos años, encontrar un periódico sin publicidad, aunque no se cobrara y sirviera sólo para distraer el origen semioficial de la publicación o para ocultar las subvenciones recibidas del presupuesto gubernamental.

<sup>14</sup> *La Vanguadia*, 31 de mayo de 1931.

Las tarifas establecidas por los propios periódicos rara vez eran aplicadas para los comerciantes, a quienes se les practicaban descuentos de hasta el 80 por ciento o, en muchas ocasiones, se les regalaba el espacio para que el periódico tuviera mejor presentación con los anuncios insertados.

Los precios de publicidad sólo se aplicaban al gobierno del estado y a los políticos que difundían sus discursos, solicitaban comentarios favorables para sus participaciones públicas o felicitaban —con motivo de informes de gobierno o cumpleaños— al Presidente de la República o al gobernador del estado.

*La Voz de Comitán* reconoció, desde su primer número, que era difícil sobrevivir en una entidad pobre, sin lectores y sin empresas que apoyaran las tareas periodísticas: "La vida precaria de la prensa en estos lugares en donde la industria y el comercio son rudimentarios y la rutina y el aislamiento han dado fin al movimiento local e impiden participar en el exterior, nos hace pensar que sostener una publicación es empresa difícil."<sup>10</sup> Tan difíciles eran estas circunstancias que los periódicos desaparecían antes de que cumplieran los seis meses. Sólo aquellos que eran financiados por partidos políticos, candidatos a puestos de elección popular o por el gobierno mismo, lograban publicarse por años, aunque contaran con pocos lectores y anunciantes.

*La Vanguardia* consideraba que el principal problema que enfrentaban los periódicos chiapanecos era la falta de lectores, "pues el público no contribuye a sostener ninguna publicación, teniendo estos dos factores, pedir subsidios o desaparecer".<sup>11</sup>

La situación chiapaneca tampoco era de pujanza. El salario mínimo, que había aumentado en 1926 a un peso con 20 centavos, prácticamente no se aplicaba, pagándose cuotas de subsistencia, lo que empobrecía aún más a la entidad. En 1941 y 1942, aun cuando el tabulador indicaba que debía pagarse 1.50 pesos a los jornaleros de la ciudad y 1.20 para el campo, en la práctica se otorgaron sueldos de un peso; los chamulas, por su parte, laboraban por 30 centavos al día.

De los 500,000 habitantes que en promedio contó Chiapas durante este periodo, 15,000 familias poseían propiedad, y de éstas, entre 300 y 500 se podrían clasificar de élite,<sup>12</sup> en la que podrían ubicarse los

*La Voz de Comitán*, 7 de octubre de 1922.

*La Vanguardia*, 5 de febrero de 1931.

Benjamin, *op. cit.*

lectores. El grado educativo tampoco era muy elevado, pese a las 509 escuelas existentes, a los 27,974 alumnos y a la creación, en 1931, de la Escuela Normal Rural de Chiapas. Para entonces, los periódicos de mayor tiraje, como *Evolución*, *La Vanguardia*, *El Sur de México*, *Orientación* y *El Palenque* editaban 1,000 ejemplares.

El problema de la falta de lectores se ha padecido desde los inicios del periodismo chiapaneco y se ha prolongado a la actualidad. Las causas son diversas: pobreza de sus habitantes, falta de hábitos de lectura, conjuntadas con productos periodísticos poco atractivos en su diseño y contenido.

Un hecho trascendental de esta etapa fue la carta de ciudadanía que adoptó un elemento del periodismo: el caricaturista. *Evolución* fue el primero en dar espacio a las caricaturas que salían de la mano de Belisario Camacho, un artista que trazaba sus dibujos sobre madera de hormiguillo. Horacio Ordóñez fue otro pionero de la caricatura, que combinó este arte con su oficio de farmacéutico. Virgilio Gutiérrez, José Montesinos y Luis Belio Mejía recrearon también, en distintos medios, a personajes chiapanecos.

En los treinta, el arte tipográfico experimentó una transformación con la llegada del primer linotipo, el cual fue adquirido en 1935 por el gobernador Victórico Grajales.

Las imprentas de particulares, no obstante, continuaron utilizando tipos móviles. La revista mensual *Gráfico* se lamentaba de que en Chiapas no existieran talleres de grabados, fotógrafos especializados ni maquinaria apropiada para editar un periódico "tipográficamente bien presentado", por lo que no tenían otra opción que acudir a la ciudad de México para obtener impresiones de calidad.<sup>4</sup>

A inicios de los treinta, el periodista entendió perfectamente que su papel era controlar la opinión pública local, en una maraña que se extendía por todo el país, para conformar opiniones convergentes que ahogaran las críticas al sistema político mexicano.

Integrado al gobierno como personaje acrítico, asalariado y beneficiario de las prebendas políticas, el periodista luchó, desde entonces, no por ampliar el número de sus lectores, sino por congraciarse con los hombres del poder.

<sup>4</sup> *Gráfico*, agosto de 1940.

El Partido Nacional Revolucionario, y más tarde el PRI, integró, acaparó y unió a hombres de diferentes oficios y situaciones, en una espiral ascendente que se coronaba con la presencia todopoderosa del Presidente de la República. Los periodistas, en esa espiral de control político, efectuaron la tarea de vasos comunicantes descendentes, en un manejo eficaz que permitió magnificar las voces oficiales y apagar las de los enemigos al sistema. Pablo Neruda, entonces cónsul en México, y quien había estado en Chiapas, escribió en sus memorias que el Presidente era un emperador azteca, mil veces más intocable que la familia real de Inglaterra, y ningún periódico, ni en broma ni en serio, podía criticar al excelso funcionario sin recibir de inmediato un golpe mortífero: "Todo podía pasar, todo pasaba. El único diario de la oposición era subvencionado por el gobierno. Era la democracia más dictatorial que pueda concebirse."<sup>10</sup>

La aspiración de los periodistas chiapanecos, al menos en sus confesiones públicas, era independizarse del aparato oficial, porque de esa forma "argumentaban" se harían "sentir las necesidades de los pueblos ante sus gobernantes y los defectos de éstos ante el pueblo mismo".<sup>11</sup> Ese fue solo un anhelo de la prensa chiapaneca, porque en la práctica estuvo ligada por fuertes lazos económicos con el sector público, al que servía y del que dependía.

En 1945 se creó, por vez primera en la historia de la entidad, una especie de sindicato de periodistas, conocido como Unión de Redactores de Periódicos del Estado de Chiapas (URPECH). El problema de esta organización fue que la conformaron periodistas asalariados del gobierno, redactores del semioficial *Chiapas Nuevo* y de periódicos subvencionados.

Este periodo marcó una etapa de acomodamiento en el nuevo escenario nacional y estatal. Poco a poco, como diría el presidente Plutarco Elías Calles, se estaba dando paso a las instituciones para sustituir a los viejos caudillos revolucionarios.

Los gobiernos posrevolucionarios tuvieron como tarea reimplantar el modelo porfirista de subsidios, apoyos diversos y prebendas a los directores-redactores de los periódicos "independientes", así como la de crear publicaciones propias, conocidas como semioficiales.

<sup>10</sup> Neruda, *Cantares que he vivido*, p. 211.

<sup>11</sup> *Albarrada*, 5 de septiembre de 1938.

### Sexta etapa: la prensa maniatada (1947-1958)

*Indáguenos mucho más en la mañana. Están a  
vota el representante de ese benéfico latinoameri-  
cano a la obtención que aumente el subsidio de tu  
periódico. Vanánas a la escuela de sociales a lo or-  
denar que dicta en su columna una columna se  
he es o más que te  
está dando la guerra en los mapas de Sonora  
¿tantas tantas cosas?*

CASO DEL PERIÓDICO La muerte de Adolfo Cruz

Después de no publicarse diarios desde la etapa de la Revolución mexicana, el 2 de julio de 1947 apareció *El Herald*, un matutino que marcó el inicio del periodismo chiapaneco contemporáneo. Su aparición fue un verdadero acontecimiento. En su primera edición logró vender 1,719 ejemplares, cuando publicaciones como el semioficial *Chiapas Nuevo* no sobrepasaban los 1,000, y la mayoría apenas lograba colocar 300 ejemplares entre los lectores chiapanecos.

Aunque *El Herald* no fue el primer diario que existió en la entidad —ya antes se habían publicado con esta periodicidad el *Diario de Chiapas*, *Verdad y Justicia*, *El Sur de México* y el *Boletín de Información*—, sí representó el proyecto más sólido y el producto informativo más novedoso. Los intentos precedentes de publicaciones diarias fracasaron antes de dos meses de vida, con excepción del *Diario de Chiapas*, que circuló durante dos años. *El Herald* vivió más de 50 años, por eso, a su director, Juan Abarca Pérez, le asistía la razón al indicar que *El Herald* había sido el primer diario formal en el estado, "porque si alguna vez hubo alguno en el diarismo, esos órganos periodísticos eran pequeños y en verdad que sólo representaban ensayos, sin publicarse más allá de 25 o 30 números, para no volver a aparecer jamás".<sup>14</sup>

Aparte de dirigir *El Herald*, Juan Abarca se dio tiempo para fundar *La Tarde*, un diario vespertino sensacionalista que se publicó sólo durante marzo de 1948.

Meses después, Abarca Pérez se separó de *El Herald* y fundó en Tapachula, con Laris Gutiérrez Ocegüera, *Diario de El Sur*, un periódico que salió a la luz pública el 21 de noviembre de 1948. Ese mismo año, en Tuxtla Gutiérrez, Gervasio Grajales inauguró el *Es* *Semanario Popular*, que se convirtió en diario en 1950, y que aún continúa publicándose.

<sup>14</sup> *"Diario del Sur"*, 8 de abril de 1954.

En 1948, solo en la capital del estado aparecieron 12 publicaciones entre mensuales, quincenales, semanales, bisemanales y diarios. El poeta Jaime Sabines y su hermano Juan, quien más tarde llegaría a ser gobernador de la entidad, decidieron ironizar esta situación creando *El Modelo* y haciendo colaborar a todos los directores de periódicos, "o sea a la crema y nata de los escritores de Tuxtla; las plumas más autorizadas, las inquietudes más vigentes", y agregaban que también participaba el niño Efraim Zepeda (hoy cuentista chiapaneco reconocido), director de *Alma Infantil*.

En los cincuenta, la entidad era la más pobre de México, con un sector latifundista tremendamente poderoso que poseía el 60 por ciento de la tierra, y tan sólo 44 familias que controlaban el 25 por ciento de la tierra cultivable, mientras que 71,000 ejidatarios se repartían pequeñas propiedades, de entre tres y seis hectáreas cada uno.

En la difusión de la cultura, en 1951 se registró un hecho que había de dejar una profunda huella en la intelectualidad chiapaneca: la aparición de la revista *Ateneo*, dirigida por Rómulo Calzada. Las cerca de 200 páginas de la nueva publicación contenían ensayos, artículos, poemas e investigaciones antropológicas e históricas sobre la entidad.

Lo que caracterizó a esta última etapa fue la sobreabundancia de periódicos. El número tan alto de publicaciones (189 de 1947 a 1958) habla de los diferentes y múltiples proyectos informativos que surgieron con la intención de obtener el apoyo subterráneo gubernamental, más que la de buscar lectores y anunciantes particulares.

A Ripley, el famoso aventurero que llegó a Tapachula a finales de los cuarenta, le llamó la atención el abultado número de publicaciones y afirmó, categórico, que Chiapas tenía un periódico por cada 10 personas y en cada persona un periodista, "¡aunque usted no lo crea!"

El brote en racimo de periódicos se debió, principalmente, a los deseos de muchas personas por formar parte de esa casta privilegiada a la que se le permitía acercarse al poder, conocerlo, recibir sus bendiciones económicas, prebendas y ayudas bajo la mesa.

De estas publicaciones, un amplio sector correspondió a periódicos de carácter político (52 por ciento) y dentro de este apartado se puede identificar un nuevo perfil: el que no tuvo como tema fundamental la política, sino que brindó a sus lectores información de interés diverso. Estas, que pueden calificarse de información general, alcanzaron el 8 por ciento. Siguieron en importancia las estudiantiles (18 por ciento), órganos de asociaciones y de gremios (9 por ciento); humorísticas (4

por ciento), culturales (3 por ciento), deportivas (3 por ciento), agrícolas (2 por ciento), partidistas (2 por ciento), comerciales (1.5 por ciento), oficiales (1.5 por ciento), educativas (1 por ciento), religiosas (1 por ciento), y 2 por ciento entre policiacas, femeniles, especializadas en medicina y en leyes.

Un tipo de periódico que no había aparecido en la prensa chiapaneca y que hizo su irrupción en esta etapa fue el deportivo. Asimismo, el género policiaco, con sus encabezados de asesinatos, fraudes y accidentes, surgió como una opción más de lectura. Las publicaciones religiosas, que tanto habían abundado a principios del siglo XX, en especial las católicas, se redujeron a dos; lo mismo ocurrió con las publicaciones oficiales, que disminuyeron. Los periódicos estudiantiles, por el contrario, se fortalecieron, ubicándose en segundo lugar. Esto se debió al establecimiento de nuevas escuelas, tanto primarias como secundarias, preparatorias y normales.

Con excepciones como las del *Diario del Sur*, *El Informador* y *El Herald*, que utilizaron linotipo, los demás periódicos siguieron empleando el mismo equipo de principios del periodismo chiapaneco, es decir, la composición a mano. Por ejemplo, la prensa que editó el *Diario de Chiapas* en 1912, sirvió 36 años después para publicar el *Es!* de Cervasio Grajales.

El *Diario de Chiapas*, que retomó el nombre del primer matutino que existió en el estado, tuvo desde sus inicios, en 1954, un moderno linotipo de cuatro magazines, prensa plana y equipo de fotograbado. *La Tribuna*, fundada en 1958, contó también con un linotipo con valor de 250,000 pesos, que permitía confeccionar al instante 10 tipos de letras de cinco tamaños diferentes.

Para 1951, cuando el salario mínimo era de cuatro pesos para la ciudad y de tres para el campo, el precio de la luneta en el Cine Alameda era de 80 centavos y 50 centavos el del anfiteatro, mientras que el precio promedio de los periódicos se ubicó en 20 centavos. Chiapas tenía 810,000 habitantes, de los cuales 58,506 vivían en Tuxtla, ciudad que había registrado un crecimiento explosivo al duplicar su población en sólo 10 años.

Los periódicos volvieron a enfrentar, durante este periodo, la falta de lectores, en un estado con poco hábito de lectura. A finales de 1950, por ejemplo, la Biblioteca Pública de Tuxtla Gutiérrez registró en promedio 200 lectores mensuales.

Los esfuerzos por profesionalizar al periodista surgieron en Comitán. En 1947 se estableció en esa ciudad la Academia de Periodismo



Acacio L. Rossette Velasco, que ofertó cursos por correspondencia y escolarizados a todos los que "quisieran cultivar esta rama intelectual que promete un amplio campo de acción a la juventud de aspiraciones ya que el auge que actualmente viene tomando el desarrollo del periodismo en nuestra entidad, exige contar ya, con elementos preparados en la materia".<sup>91</sup>

*El Tropico* rechazó que el periodista debiera ser formado en las aulas, porque estimaba que desde el nacimiento se traían cualidades para ser o no informador; - pero años después *El Herald* consideró conveniente una mejor preparación académica porque se pondría cortapisa "a todo cumulo de aficionados a escribir".<sup>92</sup>

Aún no eran los tiempos, desde luego, para los periodistas egresados de universidades, quienes habían de esperar más de 30 años para competir plenamente en el ejercicio informativo chiapaneco.

En 1947, Carlos Ruiseñor Esquina y Tito Gallegos Sobrino crearon la Asociación de Periodistas Chiapanecos con la finalidad de defender los derechos de los comunicadores. A esta asociación se afiliaron redactores de los periódicos *¡Ahora!*, *El Farón*, *El Estado*, *Inquietud*, *El Estudiante*, *Alma Infantil*, *El Chichicaste* y *Chiapas*.

Poco después, estos mismos periodistas se incorporaron al poderoso Sindicato Nacional de Redactores de la Prensa (SNRP), Sección 16, de Ixtla Gutiérrez. Para 1959, el SNRP estaba conformado, más que por trabajadores de los periódicos, por los dueños de los informativos, a quienes, por su propia naturaleza de patrones, les estaba vedada su inclusión en el sindicato. Aun así, Gervasio Grajales y Francisco Núñez López, dueños del *¡Es!* *Diario Popular* y de *El Sol de Chiapas*, respectivamente, se alternaban anualmente la dirigencia de la delegación de la Sección 16 del SNRP.

En realidad el Sindicato Nacional de Redactores de la Prensa funcionó como aglutinante de los periodistas integrados al sistema político mexicano, y sirvió para unificarlos y distribuir prebendas, más que para defender los derechos de los trabajadores de los medios informativos.

El diarismo empujó a un diseño que privilegió las noticias, destinándose la primera plana para comunicados, despachos de agencias, notas de los reporteros y, por supuesto, a las columnas, publicándose

<sup>91</sup>*El Estuero*, 10 de diciembre de 1947.

<sup>92</sup>*El Tropico*, 6 de mayo de 1950.

*El Herald*, 23 de septiembre de 1958.

en promedio en esta página 30 titulares con pases a interiores, lo que hacía la lectura cansada y confusa. *La Tribuna*, en 1958, cambió ese diseño por uno más práctico, que redujo a 10 los titulares de primera plana y diversificó los espacios con fotografías y grabados.

Carlos Ruiseñor Esquina introdujo la tira cómica en los periódicos chiapanecos, primero en el *Diario de Chiapas*, en el que publicó, en 1955, *Medio Litro*, de Valdiosera Jr., y después en *La Tribuna*, donde dio espacios a *Don Cayetano*, *Gorgorio* y a *Bembolín*. Estas tiras eran proporcionadas por México Press Service, una agencia que también enviaba crucigramas a los lectores de *La Tribuna*. Asimismo, el *Diario de Chiapas* presentó el mejor suplemento cultural de su época, el cual aparecía los domingos y ofrecía textos de poetas estatales y nacionales.

Los periódicos presentaron más gráficos, un mayor número de textos informativos, más contenidos locales, menor empleo de la gaceta, y espacios publicitarios del 30 por ciento de su espacio.

Los diarios adoptaron el formato estándar, impuesto en el nivel nacional por *Excelsior*, pero su importancia no fue significativa comparada con los de otra periodicidad, pues sólo representaron 4 por ciento, al lado de los tabloides que ocuparon el 66 por ciento; oficio, 24 por ciento; media carta, 4 por ciento, y carta, 2 por ciento.

El diarismo trajo a Chiapas la explotación de un nuevo género periodístico: la columna. Y a la par de la columna, el seudónimo, que gozó de buena salud en el siglo XIX y que resurgió con intensidad en los cincuenta. Para Carlos Ruiseñor esta abundancia se debía a que el columnismo daba la oportunidad de lucir y lustrar un nombre, "y dragonearla de destacadores de entuertos en el panorama deportivo, político, social y cultural".<sup>24</sup>

El empleo de la columna y de los seudónimos propició que se hicieran comentarios ligeros, se propalaran noticias falsas, se inventaran cargos, se adjetivizara al por mayor, pero también que se adulara sin pudor alguno.

En cuanto a las subvenciones, éstas se institucionalizaron y ningún gobierno posrevolucionario se sustrajo del apoyo económico a la prensa: Francisco J. Grajales, si bien desapareció a los periódicos semioficiales, amplió los recursos a los "independientes"; Efraín Aranda Osorio incrementó aún más las subvenciones, mientras que Samuel León Brindis intentó eliminarlas, sin lograrlo.

En los inicios de su gobierno, Grajales transformó el periódico político *Chiapas* en una publicación turística. Los 3,000 pesos ahorrados fueron utilizados para las subvenciones periodísticas.

Escasos periódicos podían contarse entre los que no recibían prebendas económicas, algunos porque no habían sido aún tomados en cuenta y esperaban con ansias el llamado de palacio, y otros porque representaban intereses políticos opuestos, al estar financiados por enemigos del gobernador, como *Chiapas en México*, que alardeaba de ser una publicación crítica, que no recibía fondos de funcionario alguno, pero la subsidiaba Ignacio Cal y Mayor, un político enfrentado a Francisco Grajales.

La administración inaugurada por Efraín Aranda Osorio, a finales de 1955, se significó por un mayor apoyo a la prensa chiapaneca. Prácticamente las arcas públicas quedaron abiertas a los periodistas, iniciándose una época de bonanza para el gremio periodístico chiapaneco. Y las subvenciones, que al final del mandato de Grajales eran de 5,000 pesos para los diarios, se incrementaron a 10,000 pesos mensuales. La situación se tornó tan escandalosa que, al asumir el poder, Samuel León Brindis anunció que ya no se daría un peso más del erario a los periódicos, pues éstos debían vivir de sus lectores y anunciantes.

Los periódicos, sin embargo, lejos de obtener ingresos del sector privado, continuaron dependiendo del presupuesto oficial, pues aunque León Brindis no proporcionó apoyos económicos a los periodistas, los funcionarios de su administración, unas veces por temor y otras por complacencia, dieron dinero a la prensa.

En Chiapas y en México fue prácticamente imposible desarrollar durante estos años el ejercicio de un periodismo independiente. El sistema político mexicano había copado todas las actividades de la sociedad mexicana, aglutinándolas en diferentes sectores acrílicos y complacientes. La prensa no se mantuvo al margen y ocupó, hasta con orgullo, su papel de homogeneizadora del pueblo y defensora de los intereses del gobierno federal y estatal.

Además, los comerciantes no se anunciaban en publicaciones críticas al gobierno por temor a ser reprimidos. ¿Cómo iba a sobrevivir, entonces, un periódico independiente al que se le regateaban los anuncios y el apoyo de la sociedad? La única vía, al parecer, era abandonar los ideales del periodismo profesional y crítico, y someterse a una autocensura complaciente: "Los periodistas" se divertían "al expli-

car en privado" lo que realmente sucedía, lo que negaban y enturbiaban en público."

El sistema político mexicano, ya consolidado para los cuarenta, incorporó a todos los periodistas, jóvenes y viejos, de izquierdas y de derechas, a su servicio y beneficio. A cambio, los informadores vieron incrementados sus estipendios mensuales, privilegios y reconocimientos públicos.

Con la multiplicación de los diarios, también creció el número de periodistas, así como los actos de corrupción en que se veían envueltos, muchos de ellos fomentados por los funcionarios. Mas los escribidores no sólo sangraban al erario, sino que se daban su tiempo para extorsionar a ciudadanos indefensos. Más que aprender a redactar, el periodista novato debía manejar con acierto el *arte* del chantaje y la extorsión. Fue una escuela que, incluso hoy, no está del todo terminada en Chiapas, pero que empezó a dar muestras de franco decaimiento a finales del siglo XX.

En los cincuenta quedó establecido el patrón del periodista chiapaneco: déspota, presumido, inculto, chantajista, adulator, lisonjeador, mentiroso, ambicioso, dispuesto a vender sus páginas al mejor comprador y, por si fuera poco, mal redactor.

En el inventario de extorsiones del periodista chiapaneco cabía de todo: el insulto y la difamación, la mentira y el chantaje, la presión directa y solapada, la adulación y el halago. En fin, lo único que se buscaba era el dinero fácil y el constituirse en árbitro de la vida política y social de una entidad pobre y austral de la República Mexicana.

Por eso, ejercer el periodismo crítico en provincia era más difícil que en la ciudad de México. Las causas eran múltiples, pero destacaban el número reducido de lectores, la represión oficial y la falta de anunciantes. El periodista provinciano, sin embargo, más que desplegar un periodismo libre y crítico, se convirtió en comparsa del poder, al que adulaba y agasajaba; pero para los comerciantes locales, profesionistas y hombres comunes era un verdadero lastre: un ser que se dedicaba al chantaje, a la extorsión y a la infamia.

*El Herald* ejerció en sus inicios un periodismo crítico. César A. Lara, quien gobernó de finales de 1946 a 1948, fue uno de sus blancos permanentes por su administración bohemía. Lara y "sus Cien Amigos", denunciaba *El Herald*, "creen que gobernar es beber, comer y botanear". Al

gobernador —de quien se rumoreaba que había sido electo por el presidente Miguel Alemán por haberlo confundido con el ilustre revolucionario César de I. Lara— no le preocupaban las críticas periodísticas, y si bien no reprimió a los periodistas, tampoco los escuchó.

Los atentados de la prensa durante su gobierno provinieron de pequeños caciques locales, convertidos en presidentes municipales. Por ejemplo, el presidente de Comitán, Cicerón Trujillo, apaleó a José Vadillo Joache, director de *Defensa Proletaria*, cerró las oficinas del semanario, y prohibió a los propietarios de imprenta de esa ciudad publicar *Defensa*.<sup>10</sup>

Otro caso de atropello fue el que recibieron Ernesto Mendoza y Francisco Chanona, quienes en *El teléfono* —el primer periódico que se publicó en Oxcozacoatlán— criticaron al jefe político de la zona. Enterado éste del escrito, obligó a los aprendices de reportero a recoger la edición del periódico pagando 10 centavos por ejemplar, cinco centavos más del precio de venta.<sup>11</sup>

Francisco J. Grajales, un general que gobernó a Chiapas de 1948 a 1952, era un hombre adusto, y, como era de esperarse, su relación con algunos periodistas no fue amigable.

Hubo atropellos y censuras directas a los periodistas durante estos años, pero también existieron otras formas de control más sutiles y refinadas. El escritor José Vasconcelos, quien participó en el III Congreso de Periodistas Unidos de América, realizado en Tuxtla en octubre de 1949, se encargó de enumerar esos métodos de control oficial: “los impuestos especiales, las multas excesivas, la presión sobre los anunciantes, el monopolio gubernamental del papel o las tintas, y tantos otros recursos que han solido ponerse en práctica para hacer ilusoria la libertad de prensa”.<sup>12</sup>

Paradójicamente, esa reunión de periodistas, a la que también asistieron Alejandro Quijano, director de *Novedades*; Guillermo Ibarra, director de *El Nacional*; Félix E. Palavicini y Antonio Soto y Paz, estuvo financiada por el gobierno del estado. De hecho, el gobernador Francisco J. Grajales fue el encargado de inaugurar el congreso de periodistas.

También se ejecutó, como método de presión, el decomiso de ediciones en que se criticaba a algún funcionario. Por ejemplo, el tiraje del *Est* del 30 de mayo de 1949 fue adquirido totalmente por el gobierno

<sup>10</sup> *La Chuspa*, 5 de abril de 1947.

<sup>11</sup> *Chiapas*, 21 de marzo de 1948.

<sup>12</sup> *El Heraldillo*, 15 de octubre de 1949.

del estado, mientras que el de *Chiapas y México*, de ese mismo mes, fue decomisado en Tuxtla.<sup>50</sup>

Gervasio Grajales, director de *El Diario Popular*, quien se convirtió en crítico de la nascente administración, al poco tiempo fue apapachado por Grajales, invitándolo a su mesa y otorgándole el premio de periodismo en su primera edición. Poco después, en junio de 1951, Gervasio Grajales y los periodistas integrados a la Sección 16 del Sindicato Nacional de Redactores de la Prensa se congraciaron con el gobernador Francisco J. Grajales, ofreciéndole una comida. Ahí el mandatario les reiteró que una de las fuerzas coercitivas del abuso del poder era la prensa.

En los años siguientes, en lugar de la comida, se organizaron los bailes anuales del periodista, en que los informadores elegían y coronaban a su reina, al tiempo que rendían pleitesía al gobernador en turno. Los gastos, por supuesto, eran cubiertos con el erario estatal, y las bebidas y menús pagados por empresarios o políticos locales. Todo, desde luego, en beneficio de la libertad de expresión.

Aunque el gobernador elogiara la libertad de prensa en público, en privado era un cacique como cualquiera: ávido de lisonjas y comparsas. Cuando en junio de 1952 *El Informador* presentó algunas notas críticas a su administración, Grajales se enfureció a tal punto que no recibió a ningún colaborador de ese periódico y advirtió a José Luis Romero, subdirector del diario en cuestión, que si continuaba publicando artículos que no le convinieran, se debía atener a las consecuencias.

Víctimas del régimen grajalista lo fueron Guillermo Trinidad, de *El Ahuizote*, y Jesús Castellanos, de *Combate*. El primero fue encarcelado en diciembre de 1951, y el segundo en enero de 1952. A Castellanos, según sus propias declaraciones, le ofrecieron dinero para acallar sus críticas y una beca para que continuara sus estudios en la ciudad de México.<sup>51</sup> A Guillermo Trinidad le obligaron a firmar una declaración "espontánea" en que asentaba su "arrepentimiento por haber criticado al gobierno".<sup>52</sup> Ambos periodistas, aparte de ser encarcelados, fueron bañados con agua fría, golpeados y rapados, "para que escarmentaran".<sup>53</sup>

<sup>50</sup> *Chiapas y México*, julio de 1949.

<sup>51</sup> *El Ahuizote*, 10 de enero de 1952.

<sup>52</sup> *El Diario Popular*, 28 de diciembre de 1951.

<sup>53</sup> *El Informador*, 28 de junio de 1952.

Según *Combate*, el juez que llevó el caso de Guillermo Trinidad recibió instrucciones directas del gobernador Francisco J. Grajales. La fianza, para el director de *El Ahuizote*, acusado de difamación, fue de 3,000 pesos en efectivo y 6,000 en póliza.

No obstante estos hechos, en su último informe de gobierno Francisco J. Grajales afirmó que durante su administración jamás coartó la libertad de expresión, al haber creído en el ideario del presidente Adolfo Ruiz Cortines de que menos males causaba a la República el abuso de las libertades que el más moderado ejercicio de una dictadura.

El gobierno de Efraín Aranda Osorio cooptó, desde sus inicios, a toda la prensa chiapaneca. Ya desde su paso en el Senado, como secretario de la gran comisión de ese órgano, se había distinguido por tratar de manera espléndida a los periodistas y columnistas del Distrito Federal.

Su gestión, por tanto, fue de festín verdadero para los periodistas locales, al inaugurarse un sexenio de derroche, pero también de "buena prensa" para el mandatario, pese a la ostentación de riqueza y poder de que hacía gala el mandatario, simbolizado por un enorme Oldsmobile de lujo con el que recorría las polvorientas calles de Tuxtla.

Aunque algunos gobiernos encarcelaron y atropellaron a los periodistas en este periodo, el método de control hacia la prensa fue la cooptación: se le entregó dinero en efectivo, publicidad, trato especial, papel, préstamos, en fin, lo que se necesitara para hacer "electiva" la libertad de expresión.

## Consideraciones finales

El periodista chiapaneco ha tenido, por ley, el derecho de criticar las acciones gubernamentales, de encararse a líderes corruptos, a políticos sin escrúpulos, a caciques locales, preservando únicamente la vida privada de las personas, la moral y el orden público, pero en los años estudiados del periodismo en Chiapas rara vez se alzaron voces independientes que analizaran —sin intereses de partido— la actuación de los hombres públicos. Esto se debió a que el aparato estatal no permitió que se ventilaran los asuntos comunitarios a través de la radiografía de una prensa fuerte, profesional e independiente.

Era una prensa libre que no hacía uso de su libertad, como diría tiempo después Daniel Cosío Villegas, al referirse al periodismo mexicano de los cincuenta. Era libre porque en el plano jurídico había una Ley de Imprenta y una Constitución Política que amparaban la libertad

de imprenta, pero no hacía uso de su libertad por conveniencia económica, más que por represión oficial, pues la sumisión a las figuras políticas aseguraba prebendas y subvenciones gubernamentales.

Ante una prensa sumisa y maniatada económicamente, no fue necesario aplicar la represión. Y los contados casos de encarcelamientos y ultrajes a los periodistas se dieron más por parte de ciudadanos ofendidos que de gobernadores o funcionarios de alto nivel.

Existe, por lo demás, una relación directa entre las subvenciones otorgadas a los periódicos y el papel crítico de la prensa chiapaneca. Efraín Aranda Osorio, por ejemplo, tuvo una administración sin críticas periodísticas, no obstante que padeció disturbios en Tuxtla Gutiérrez perpetrados por un grupo conocido como los *pollinos*, que buscaba su salida de Palacio de Gobierno. Pero Aranda Osorio cooptó a la prensa otorgándole estipendios mensuales, en cantidades sin precedentes. En tono irónico, el periodista Gervasio Grajales se refería a la caja fuerte del gobierno como "la celosa guardiana de la libertad de expresión".

Existen, por supuesto, diferencias en cada periodo estudiado. En la primera etapa nos encontramos con un periodismo surgido en un escenario de discusión y análisis para la adopción de un sistema político mexicano después de obtenida la independencia del país, en 1821, y de la anexión de Chiapas a México, en 1824. El perfil de la prensa, en ese ambiente de confrontación entre conservadores y liberales, fue de un periodismo partidario, promotor de ideologías y de programas políticos, alejado de intereses económicos.

En la segunda etapa, que va de 1855 a 1876, empezó a vertebrarse un periodismo hecho por particulares, y donde los redactores, por lo menos los oficiales, empezaron a cobrar un salario. Se amplió el número de suscriptores y de las poblaciones que contaron con publicaciones, apareció además el anuncio publicitario, el folletín, la caricatura, pero el artículo siguió siendo el principal género practicado.

El porfiriato, por su parte, convirtió a la prensa en un elemento aglutinante de la política del dictador oaxaqueño. Hubo algunos destellos de crítica, pero en general el periodismo fue complaciente con los hombres públicos. La prensa chiapaneca intentó abrirse paso hacia un mayor número de lectores mediante el cambio a una línea empresarial, con más publicidad e información, aunque fue difícil encontrar lectores en un estado donde el analfabetismo alcanzaba casi el 90 por ciento, y la población vivía dispersa, con una economía tradicional y agraria.



La Revolución mexicana no representó avance profesional para el periodista chiapaneco; durante los años revolucionarios siguió dependiendo — como lo había estado en el porfiriato — de los grupos de poder político, económico y religioso. Los periódicos de Tuxtla estaban vinculados a los gobernantes, los de San Cristóbal al clero chiapaneco, y los de Tapachula a los empresarios europeos y estadounidenses del Soco-nusco. Al paso de los años habían de quedar desplazados los poderes económico y religioso, para dar cabida al control exclusivo de los políticos.

Si bien la prensa descubrió en estos años una nueva periodicidad (el diario), empleó nuevos géneros de redacción (la noticia y la entrevista), adquirió maquinaria más moderna, reconoció la importancia de los anunciantes y lectores, no fue capaz de independizarse del poder político. Mantuvo su fidelidad a los gobiernos chiapanecos, más por convicción que por intereses económicos.

Al concluir la Revolución, los periodistas se encontraron un poco más libres, pero sin dirección y dispuestos a servir a militares, políticos, burócratas o a terratenientes. El sistema político emergente aprovechó esta situación para incorporar grandes contingentes de obreros, campesinos, comerciantes y, por supuesto, de periodistas, a una revolución institucionalizada.

Para los años treinta del siglo pasado, el periodista chiapaneco entendió que su papel era uniformar a la opinión pública local y defender, proteger y solapar al gobernante en turno, pese a las equivocaciones, injusticias y actos de corrupción que cometiera.

El PSR, y más tarde el PRI, afiló a todos los sectores de la sociedad y no dejó espacio para los disidentes. El PRI se convirtió en el gran aglutinante acritico del sistema político. El papel asignado a la prensa dentro de esa maquinaria política fue la de estructurar la armazón de la llamada "unidad nacional".

A partir de ese momento, se presentó en Chiapas y en el país un mercado *suu generis* de compraventa de obediencia y buena voluntad. Desde su cuspide, el poder otorgaba publicidad, subvenciones, contratos especiales y prebendas a quien ofertara obediencia ciega y halagos. Los periódicos no cumplieron, desde luego, con el servicio social de informar con veracidad. En realidad informaban poco y mal, diría Enrique Krauze al referirse al papel de la prensa en esos años.

En los cincuenta el periodismo se convirtió en una actividad rentable para las personas metidas a periodistas, por accidente o por vo-

cación. El número tan alto de publicaciones (189 aparecidas entre 1947 y 1958, de un total de 653 surgidas de 1827 a 1958) habla de los diferentes y múltiples proyectos informativos que surgieron, no con la intención de obtener lectores y anunciantes, sino de buscar el apoyo subterráneo gubernamental.

Los cincuenta fueron los años de mayor corrupción periodística de las etapas estudiadas desde 1827, y se debió fundamentalmente a la llegada de gobernadores que abrieron las arcas estatales para los periodistas chiapanecos. Así, no fue raro ver la multiplicación de periódicos, porque muchos encontraron en la prensa una forma rápida y segura de agenciarse altos ingresos, influencias y cierto prestigio social.

#### PERIÓDICOS CHIAPANECOS POR MUNICIPIO, 1827-1946

<i>Municipio</i>	<i>Número de publicaciones</i>
1. Tuxtla Gutiérrez	166
2. San Cristóbal de las Casas	122
3. Tapachula	54
4. Comitán	42
5. Chiapa de Corzo	22
6. Huixtla	12
7. Tonalá	10
8. Cacahoatán	5
9. Motozintla	5
10. Arriaga	4
11. Pichucalco	4
12. Cintalapa	2
13. Mapastepec	2
14. Simojovel	2
15. Villaflores	2
16. Altamirano	1
17. Escuintla	1
18. Ocozocoautla	1
19. Suchiate	1
20. Venustiano Carranza	1
21. Yajalón	1

La venta de suscripciones y de ejemplares sueltos no representó un porcentaje importante en los ingresos de los periódicos, pues los lectores eran escasos en un Chiapas distante del centro del poder político y económico.

Los periódicos, que bien entendían que no se debían a un amplio público lector, sino a la buena voluntad del gobernador y de los políticos de alto nivel, no se preocuparon por mejorar su contenido periodístico ni por brindar un servicio eficaz de información para la sociedad, aunque repitieran constantemente que no tenían otro interés que satisfacer a sus lectores con información "objetiva y veraz".

En estos años estudiados hubo un claro dominio del semanario. Sin embargo, este tipo de periodicidad empezó a perder terreno al pasar de un 100 por ciento entre 1827 y 1854, al 52 por ciento en el porfiriato, y a un 27.5 por ciento entre 1947 y 1958.

Esto es explicable por el incremento de las publicaciones diarias que no aparecieron sino hasta principios de siglo, y que se establecieron definitivamente a partir de 1947 con el surgimiento de *El Heraldillo*.

Del total de las publicaciones surgidas en Chiapas de 1827 a 1950, un 44 por ciento tuvo como sede Tuxtla Gutiérrez; un 22 por ciento, San Cristóbal de las Casas; 11 por ciento, Tapachula; 7 por ciento, Comitán, y 5 por ciento Huixtla.

Antes de ser capital, Tuxtla poseyó menos periódicos que San Cristóbal, pero a partir de 1892, fecha en que se convirtió en sede de los poderes políticos, se incrementó notablemente el número de publicaciones que aparecieron en su demarcación.

La explicación para este fenómeno es simple. A los periodistas les interesaba estar más cerca del poder, por eso dejaron de publicar sus periódicos en la antigua capital del estado, para trasladarse a Tuxtla Gutiérrez, donde se asentó el gobierno local.

Para cerrar este apartado, sólo cabe reiterar la maleabilidad y docilidad de la prensa chiapaneca al poder local, dado que su verdadero papel ha sido el constituirse en medio de presión política para obtener beneficios económicos para los dueños, empresarios y hacendados de la información.

Con tales objetivos, no es raro que el producto informativo haya sido pobre, carente de interés, anticuado, con diseños descuidados y con una redacción confusa, que inevitablemente alejaba a los lectores y a los anunciantes.

## Bibliografía

BENJAMIN, Thomas, *El camino a Leviatán*, México, D.F., Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990.

- , *Chiapas: tierra rica, pueblo pobre*, México, D.F., Grijalbo, 1995.
- BOHIAN, Karin, *Medios de comunicación y sistemas informativos en México*, México, D.F., Alianza Editorial, 1994.
- CASTAÑÓN GAMBOA, Fernando, *La imprenta y el periodismo en Chiapas*, Tuxtla Gutiérrez, Rodrigo Núñez Editores, 1983.
- CASTELLANOS, Rosario, *Batán Canán*, México, D.F., Lecturas Mexicanas, 1983.
- CASTRO AGUIAR, José Luis, *Cronología histórica del periodismo chiapaneco 1827-1912*, Tuxtla Gutiérrez, Centro de Estudios Profesionales de Chiapas, 1995.
- DE VOS, Jan, "El sentimiento chiapaneco: Cuarteto para piano y cuerdas, opus 1821-1824", *Revista ICACH*, julio-diciembre de 1988.
- DEL PALACIO MONTEIL, Celia, *Las disputas por las conciencias. Los inicios de la prensa en Guadalajara, 1809-1835*, Guadalajara, Jalisco, Universidad de Guadalajara, 2001.
- DOMÍNGUEZ MICHAEL, Christopher, *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX*, t. 1.28, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 1410.
- ESPINOSA, Luis, *Rastros de sangre. Historia de la revolución en Chiapas*, México, D.F., Imprenta de Manuel León Sánchez, 1912.
- , *Independencia de la provincia de Chiapas y su unión a México*, México, D.F., 1918.
- GARCÍA DE LEÓN, Antonio, *Resistencia y utopía*, México, D.F., Fra, 1985.
- , *Fronteras interiores*, México, D.F., Océano, 2002.
- GONZÁLEZ ESPONDA, Juan, *Historia de Chiapas. Antología*, Tuxtla Gutiérrez, Colegio de Bachilleres de Chiapas, Talleres Gráficos del Gobierno del Estado, 1997.
- GUTIÉRREZ CRUZ, Sergio Nicolás, *Encrucijada y destino de la Provincia de las Chiapas*, Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas, 1997.
- INSTITUTO DE INVESTIGACIONES BIBLIOGRÁFICAS DE LA UNAM, *Cuatro siglos de imprenta en México, una muestra tipográfica mexicana*, México, D.F., UNAM, 1986.
- MARTÍNEZ MENDOZA, Sarellly, *La prensa manipulada. El periodismo en Chiapas de 1827 a 1958*, México, Gobierno del Estado de Chiapas-Fundación Manuel Buendía, 2004.
- , *Índice hemerográfico de Chiapas 1827-1946*, Guadalajara, Jal., México, Conacyt-Universidad de Guadalajara, 2004.
- MOLINA HURTADO, María Mercedes, *En tierra bien distante. Refugiados españoles en Chiapas*, México, D.F., Gobierno del Estado de Chiapas, 1993.
- NERUDA, Pablo, *Confieso que he vivido*, México, D.F., Origen/Planeta, 1985.

- PALACIOS ESPINOSA, Alfredo, *Los confines de la utopía*, Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas, 1992.
- PANLAGUA, Flavio A., *Una rosa y dos espinas*, Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas, 1991.
- PINEDA, Emeterio, *Descripción geográfica del Departamento de Chiapas y Soconusco*, México, D.F., Fondo de Cultura Económica, 1999.
- PINEDA, Vicente, *Sublevaciones indígenas en Chiapas. Gramática y diccionario tzeltal*, México, D.F., INI, 1986.
- PINEDA SOTO, Adriana, *Registro de la prensa política michoacana. Siglo XIX*, Michoacán, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2005.
- POMPA Y POMPA, Antonio, *La imprenta tipográfica en México*, México, D.F., Asociación Nacional de Libreros, 1988.
- PRIETO, Guillermo, *Memorias de mis tiempos*, México, D.F., Porrúa, 1996.
- RABASA, Emilio, *Cuarto Poder*, México, D.F., Porrúa, 1985.
- RUÍZ CASTAÑEDA, María del Carmen, *La prensa, pasado y presente de México*, México, D.F., UNAM, 1987.
- , Luis Reed Torres y Enrique Cordero, *El periodismo en México*, México, D.F., UNAM, 1980.
- , *Periodismo político de la Reforma en la ciudad de México 1854-1861*, México, D.F., UNAM.
- SCHIRER GARCÍA, Julio y Carlos Monsiváis, *Tiempo de saber. Prensa y poder en México*, México, Aguilar, 2003.
- TAPIA, Francisco, *Grito y silencio de las imprentas*, México, D.F., UAM, 1990.
- TIJERRO AVARIZ, Jesús, *Restauración y prensa de masas. Los engranajes de un sistema (1875-1883)*, Pamplona, EUNSA, 1981.
- TOUSSAINT ALCARAZ, Florence, *El escenario de la prensa en el porfiriato*, México, D.F., Fundación Manuel Buendía, 1989.
- y Rosalba Cruz Soto, *Índice hemerográfico 1876-1910*, México, D.F., UNAM, 1985.
- TRINIS, Manuel B., *Historia de Chiapas. Desde los tiempos más remotos hasta la caída del Segundo Imperio (¿... 1867)*, ts. I, II, III, Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas, 1999.
- VELASCO VALDEZ, Miguel, *Historia del periodismo mexicano (apuntes)*, México, D.F., Porrúa, 1950.